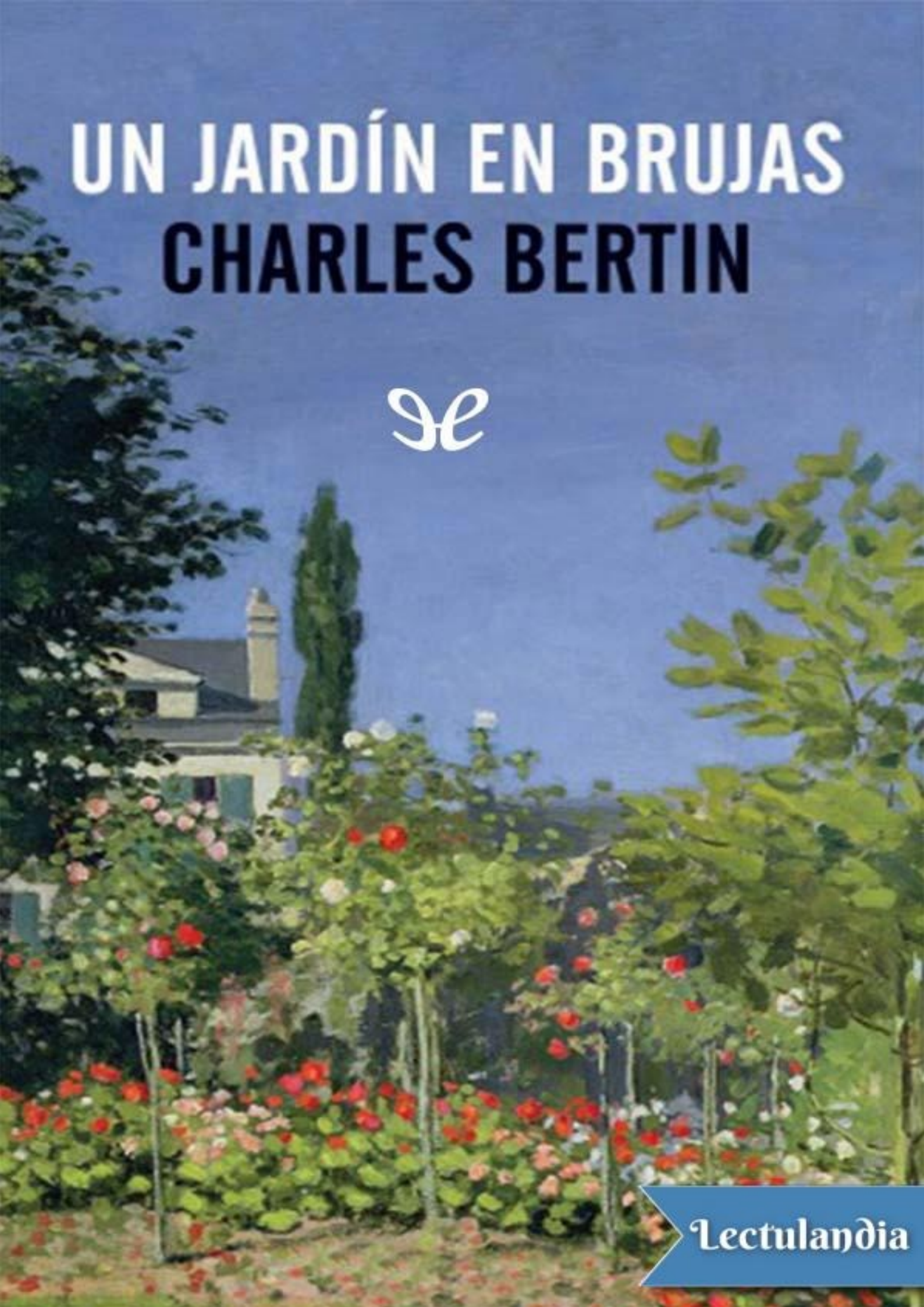


# UN JARDÍN EN BRUJAS

## CHARLES BERTIN



Lectulandia

Delicadeza y precisión, imaginación y vida. Charles Bertin escribió esta suerte de novela autobiográfica, este relato memorialístico emocionante, en estado de gracia, ofreciéndonos uno de los mejores textos de la literatura belga del siglo xx.

Pocas novelas han narrado el «gran mundo» que puede encerrar un «pequeño jardín» como ésta. Jardín de la memoria, jardín de recodos y escondrijos en los que aún habita, más misteriosa y colorida que nunca, la infancia. Territorio en el que encontrarse de nuevo, volviendo la vista atrás, con la intimidad de una abuela, que es, sobre todo, compañera de aventuras, descubridora del mundo, cómplice en las primeras lecturas e incluso consoladora de tristezas; y también, al mismo tiempo una «pequeña dama» comprometida con su tiempo, con la vida de las demás mujeres, humilde y poderosa a la vez, una conciencia viva, un verdadero referente moral: es decir, una anciana con la misma energía que un niño.

Para el pequeño Bertin pasar los dos meses de vacaciones con su abuela en Brujas supone, cada verano, la recompensa suprema a sus esfuerzos escolares. La abuela Thérèse-Augustine, frustrada por haber sido retirada del colegio demasiado joven por un padre que privilegió la formación de sus hijos varones, y siempre ávida de aprender, arrastra a su nieto a los inmensos territorios del saber y el amor a la existencia. Es ella, sin ninguna duda, quien da vida y puebla este jardín, quien comparte la infancia de su nieto para insuflarle su magia y su tesón.

Delicado pero no blando, intimista pero no ensimismado, este doble retrato está construido con una ternura, valga la paradoja, «punzante». No hay aquí, gracias a una prosa ejemplar, digresiones gratuitas, melancolía de escaparate: todo lo que se dice en este libro es exacto y verdadero; y, además, bellísimo.

**Lectulandia**

Charles Bertin

# **Un jardín en Brujas**

ePub r1.0

Titivillus 17.02.2017

Título original: *La Petite Dame en son jardin de Bruges*

Charles Bertin, 1996

Traducción: Vanesa García Cazorla

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Muchos fueron los poetas que,  
haciendo menos que tú,  
fueron laureados.*

CHARLES PLISNIER, *Heureux ceux qui rêvent*

## NOTA DEL TRADUCTOR

En esta obra (y en su título mismo), Charles Bertin utiliza en ocasiones la expresión *petite dame* para referirse a su abuela. Muy expresiva, ya que connota cariño, al tiempo que respeto y una descripción física, esta manera de referirse a ella es de difícil traducción al castellano: «damita» y «damisela» connotan juventud y no dan cuenta del cariño; «abuelita» resulta algo cursi y se aviene más al lenguaje infantil, mientras que Bertin utiliza esta expresión precisamente cuando habla de su abuela con más distancia, es decir, desde su posición de escritor de más de sesenta años; «ancianita» tampoco da muestras del cariño y la reverencia que el autor siente por *su* abuela, razón por la que sólo se ha utilizado esta expresión en tres ocasiones puntuales. Por estos motivos, en general se ha preferido sustituir esta expresión simplemente por «mi abuela», reforzado en algunas ocasiones por algún adjetivo («mi querida abuela» o «mi adorada abuela») cuando el contexto lo requería.

Todas las notas de esta edición son de la traductora.

Anoche sentí ganas de ir a saludar a mi abuela. No es la primera vez que la echo de menos, pero jamás había sentido con tanta insistencia la necesidad de volver a verla. Comoquiera que lleva muerta desde hace casi medio siglo, pensé que sería preferible ponerme en marcha enseguida: ya tenía un pie fuera de la cama cuando me espabilé del todo.

Aun así, no estoy contrariado. El sueño de anoche me ha traído a la memoria un episodio olvidado de la gesta de mi abuela: el instante en que se me apareció, se hallaba gloriosamente encaramada a un taburete, entre las capuchinas de la escalinata en saledizo de su casa de Brujas, y tocaba el olifante en mi honor. Creo que, a la sazón, yo debía de tener diez años, y aquélla era su manera de felicitarme por mi cumpleaños.

Ciertamente, llamarlo «olifante» es magnificar un poco las cosas; aunque estoy seguro de que la trompa de ocasión por la que soplabla mi abuela, hasta no poder más y sin que le preocupara alterar la tranquilidad del vecindario, estaba revestida en su imaginación de una dignidad pareja, al menos, a la del olifante. De hecho, el instrumento no era sino una de esas cornetas de latón con embocadura de cuero que, en mi infancia, los guardafrenos llevaban colgadas del cuello para anunciar las maniobras de los trenes. El objeto, con el cual me topaba a menudo mientras curioseaba por los cajones de la cocina, había pertenecido a mi abuelo, quien lo había conservado como recuerdo de sus modestos inicios en la Sociedad de Ferrocarriles.

Embocada con tanta grandilocuencia por mi abuela, quien, pese a tener unos conocimientos históricos bastante vagos, albergaba una reverencia infinita por los fastos del pasado, la modesta corneta se veía elevada por las circunstancias al rango de las trompas de la Fama: algo parecido al toque de trompeta de la coronación de los reyes, al cuerno de Rolando victorioso o al buccino que anuncia la entrada del César. Puestos a elegir, me inclinaría por la entrada del César... Pues, si la memoria no me falla y se trata de mi décimo aniversario, nos encontramos en 1929: el mismo año en que la versión muda de *Ben Hur* arrebató al público en los cines de provincia. Unas semanas antes, mi abuela me había concedido el privilegio de acompañarla al Vieux Bruges, la sala de la rue des Pierres cuyo espectáculo nos emocionó.

Por lo tanto, es muy probable que para su puesta en escena se hubiera inspirado en la sala de utilería de la Roma hollywoodiense. Me imagino que, a su juicio, tanto

la trompeta como el taburete que había sacado del cuarto de baño no debían de ser sino los signos ejemplares del vasto y tácito decorado de columnatas y terrazas que bordeaban la vía Sagrada entre el Campo de Marte y el Capitolio. Apuesto cualquier cosa a que no dudó en movilizar mentalmente algunas cohortes para alinear sobre aquel mármol la doble hilera de portaestandartes encargados de inclinar sus insignias a mi paso.

En la escena para dos personajes que había concebido interpretar conmigo aquella mañana, me reservó, como es natural, el papel más glorioso. Con todo, la experiencia demostraba que mi interpretación del triunfador era un fracaso total: se mirara como se mirara, no poseía ni los recursos dramáticos para ese papel ni el descaro flemático necesario para su ejercicio.

La verdad es que estaba muerto de vergüenza pensando en los vecinos que, distraídos de su desayuno dominical, miraban por encima de los setos que separaban los jardinillos del arrabal, sin perderse nada del espectáculo que ofrecía mi abuela desde aquel improvisado podio, entre las capuchinas de la escalinata, al que se había encaramado, perfectamente consciente de su poder sobre el público: derecha como una I, la cabeza alzada, la trompeta apuntando hacia el cielo y combando su menudo talle con ese orgullo que parece tan natural en quienes han de solventar una deuda personal con el universo, ponía abiertamente a la población de Saint-André-lez-Bruges por testigo de la gloria que los dioses prometían a su nieto. Por más que le imploraba que abreviara mi tortura, los escasos y suplicantes «¡abuela!» que, con voz ahogada, conseguía articular no le llegaban. Mientras tanto, la corneta, a la que al cabo de un rato se había unido un par de gallos de los alrededores atraídos por la concurrencia, continuaba expandiendo su insoportable y ronco toque de diana por lo alto de los jardines.

Cuando se produjo esta escena mi abuelo llevaba muerto varios años.

Extraña alquimia la de la memoria... Todo lo que me queda de él, aparte de la profusa crónica de mi abuela, es aquella trompeta irrisoria y el recuerdo de la respuesta que dio a una de mis preguntas de niño.

Me viene a la memoria un crepúsculo estival en el jardín. En medio de los fresales y las rosas, correteo a su alrededor. No le llego a la cintura.

—Abuelo, ¿por qué vives en Brujas?

Se detiene bruscamente y me mira, como si mi pregunta mereciera una reflexión por su parte. A continuación, se arrodilla para que su rostro esté a la altura del mío. Casi al oído, me dice:

—Eso es algo que decidieron las altas esferas.

Al mismo tiempo, me escruta con semblante astuto, como queriendo darme a entender que, de no estar sujeto al secreto profesional, podría revelarme mucho más. Después, meneaba la cabeza. Yo también la meneaba para expresarle mi complicidad. No



me atrevo a pedirle que me proporcione algunos detalles acerca de esas «altas esferas» que disponen así de las vidas de las personas, pero me quedo muy impresionado.

De la manera más inocente, con aquella pregunta había dado efectivamente en el clavo. No es que mis abuelos, naturales de los alrededores de Mons, hubieran elegido a su albedrío vivir en Brujas, sino que, desde su boda, se habían visto embarcados en la existencia nómada que la Sociedad Nacional de Ferrocarriles de la época imponía a algunos de sus trabajadores. El Departamento de Personal estimaba oportuno añadir la expectación de la sorpresa lingüística a los consabidos elementos de incertidumbre derivados de las diferencias de clima, relieve y entorno. De resultas, en el curso de aquellos míticos años del fin de siglo, mis abuelos fueron trasladados de Welkenraedt a Philippeville, y de Saint-Nicolas-Waes a Libramont. Fue así como vieron venir al mundo a sus hijos en los cuatro extremos del país.

Mi abuelo había sido educado en el respeto a la jerarquía y se acomodaba sin mucho esfuerzo a aquella vida de bohemios que tanto exasperaba a su esposa. Resulta difícil pensar que obtuviera placer alguno de aquella retahíla de mudanzas, aun cuando aparentemente confiaba en la sabiduría de aquel superior suyo carente de rostro. En cualquier caso, él no se hacía preguntas, lo cual me incitaría a creer que se había forjado la idea de que, para organizar una distribución equilibrada de la mano de obra en la red ferroviaria nacional, se precisaba, junto a las rigurosas leyes de la mecánica celeste, la existencia de una suerte de infatigable y oscuro dios que, alojado en lo más recóndito de las entrañas de la maquinaria administrativa, asegurara el buen funcionamiento de toda aquella delicada quincallería plagada de engranajes sutiles, lastrada con los contrapesos oportunos y más bien parecida a los monstruos mecánicos que, en su día, inventaría Tinguely. Esto era, a buen seguro, lo que él llamaba «las altas esferas».

Esta credulidad irritaba enormemente a mi abuela, quien en lo que ella denominaba «sarta de azares» no veía sino la mera manifestación del arbitrio del poder. «Llegué incluso a decirle que tenía mentalidad de esclavo», me confesó un día. Sonrojándose levemente, añadió: «Aquéllas fueron las únicas peleas de verdad que tuvimos en toda nuestra vida».

En la obra teatral *Intermezzo*, de Giraudoux, hay una escena magnífica que ofrece al controlador de la Oficina Internacional de Pesos y Medidas la oportunidad de exponer a Isabelle la intrincada y poética complejidad de las reglas que rigen el juego de las promociones en la Administración francesa, algo que siempre me ha hecho pensar en el destino de mis abuelos.

Al menos, en aquella partida del juego de la oca que fue su existencia, la última tirada de dados fue afortunada. Todo sucedió como si, perseguida por los remordimientos, a la Némesis administrativa se le hubiera ocurrido repentinamente liquidar las cuentas pendientes: en 1923, una vez clasificado entre los funcionarios de alto mérito, mi abuelo fue propulsado hacia la casilla denominada «Brujas» para los

años que le restaban antes de su jubilación.

Después de tantos campamentos improvisados, encrucijadas desafortunadas y bifurcaciones inciertas, Brujas era, a fin de cuentas, el destino ideal. Con el entusiasmo de unos recién casados en busca de su primer nido, mis abuelos removieron cielo y tierra para encontrar un hogar definitivo.

En el corazón del barrio de Saint-André, situado más allá de la Porte Maréchale, les recomendaron una suerte de condominio cercado y ajardinado formado por un grupo de chalets rodeados por sus respectivos parterres. Uno de ellos, que estaba en alquiler, les pareció indiscutiblemente conveniente: por fin se trataba de un verdadero hogar; con hierba, algunos árboles y flores. Incluso tenía una parcela anexa donde mi abuelo podría plantar lechugas y verlas crecer.

Jamás he conseguido saber quién inspiraba a quién; pero, de inmediato, una suerte de complicidad amorosa se instaló entre el «genio del lugar» y la personalidad de mi abuela. Durante los siete años en los cuales pasé allí la mayor parte de mis vacaciones estivales, no sólo fui el testigo privilegiado de aquella ósmosis, sino, por encima de todo, su beneficiario. ¿Cómo decirlo? Siempre tuve la impresión de que, bajo su techo, la alegría de vivir se enriquecía merced a unos estímulos insólitos; de modo que, tras más de sesenta años, la casa y el jardín de Brujas permanecen aureolados en mi memoria de una extraña gracia bendita: la de los lugares en los que la armonía perfecta de los seres y los objetos nos brinda una alianza con las fuerzas amistosas de lo invisible.

El embrujo comenzaba desde la entrada del propio condominio, que estaba en una calle vecina de la chaussée de Ghistelles: la verja se abría sobre un paseo flanqueado por elevados setos, los cuales jalonaban una hilera de ojivas de vegetación erigidas sobre un emparrado, cuyo armazón había desaparecido bajo el bosquejo mucho tiempo atrás. Andando el tiempo, las enramadas habían trenzado pasarelas de follaje entre las arcadas, hasta construir un cenador abovedado único que medía una veintena de metros. Aquel auténtico túnel de fronda que serpenteaba divagando entre los jardines se dividía en varios senderos, los cuales conducían a las casas aún invisibles tras la espesura de los árboles. La de mis abuelos era la última.

Fueron muchas las horas felices que pasé en aquel deambulatorio de vegetación del cual fui la mayor parte del tiempo su único huésped, a excepción del gato de nuestros vecinos de al lado. Incluso en las horas centrales de los días soleados, reinaba allí una penumbra dorada cuya paz claustral me arrobaba y me inquietaba un poco. La irrealidad de la polvorienta luz que jugueteaba a través de las hojas; ese silencio de agua profunda en el que creía sumergirme como un buzo, y aun la ligera opresión que suscitaba en mi alma la exuberancia de una floresta que parecía capaz de anegar cualquier vida menos la suya, contribuían a persuadirme de que, a unas decenas de metros de la calzada, el mundo de los hombres quedaba abolido. Uno de

mis juegos favoritos consistía, por otra parte, en comportarme como un superviviente: a espaldas del gato, me había acondicionado un par de escondites entre los matorrales y, a la vista de una eventual carestía, raramente descuidaba llevar a cabo mi merienda habitual, recolectando en la cocina algunas provisiones adicionales.

Los instantes de extrema felicidad que conocí bajo aquellas bóvedas de fronda permanecen ligados en mi memoria a esos días de tiempo inestable que mi abuela llamaba «tiempo de arco iris», cuando el sol continuaba brillando entre las nubes, desde lo más profundo de los aguaceros de lluvia tibia.

Desde mis primeros pasos al abrigo de la vereda arbolada, tenía la impresión de ir a la deriva siguiendo la corriente de efluvios que emanaban del mosaico de jardines circundantes. Yo deletreaba todo un alfabeto de fragancias en el que el perfume de las rosas templadas por la luz del día, suavemente avivado por el chaparrón, se mezclaba con el poderoso aroma a tierra mojada.

La verdadera fiesta era, sin embargo, la que me brindaba la luz: los juegos conjugados de la lluvia y el sol transformaban mi refugio de vegetación en una suerte de gruta oceánica en la que los tonos verdes —que iban del jade al celadón; del esmeralda, al aguamarina— rivalizaban en medio de aquella penumbra elísea acribillada por los rayos del sol. La más delgada de las enramadas se bañaba en una espuma de luz dorada que parecía obtener su esplendor de una fabulosa fuerza interior. A través del follaje tapizado de lluvia, pero con los primeros vapores ascendiendo ya por su espesura, no me cansaba de contemplar la irisación de las gotas suspendidas que, una tras otra, y con pesar, continuaban resbalando por la punta de las lustrosas hojas durante unos momentos cuyas delicias habría deseado prolongar en el tiempo.

Todavía no era consciente de que, en aquel efímero acontecimiento obrado por la naturaleza, estaba descubriendo la prefiguración del placer que un día encontraría en las obras de arte de los hombres.

Mi abuelo no tuvo la suerte de ver crecer sus lechugas durante mucho tiempo. En los primeros días de la primavera de 1925, murió bruscamente de una trombosis cerebral, dejando a su esposa sumida en una soledad abrumadora.

Mis padres tuvieron el buen criterio de llevarme a Saint-André en menos que canta un gallo. Cuando quisieron lanzarme a los brazos de aquella ancianita que, vestida de negro y con la cara descompuesta, nos daba la bienvenida desde el umbral, me di la vuelta violentamente preguntando que dónde estaba mi abuela. Aquella fue la única vez que la vi llorar.

Pasé mis vacaciones junto a ella. A la sazón, yo era su único nieto. Como es natural, se encariñó mucho conmigo. Por mi parte, creo haberle dado todo el amor que el corazón de un niño de cinco años puede albergar.

En una de las imágenes más antiguas que jamás haya conservado mi memoria, me

descubro en sus brazos. Mas en el momento en que va a besarme —casi estamos cara a cara—, retiro la nuca hacia atrás para, mansamente, seguir con el dedo índice, como sobre el esmalte de una porcelana preciosa, el laberinto de grietas que las arrugas dibujan en la piel de sus pómulos. Recuerdo haberme preguntado alguna vez si, al golpetearle la mejilla con la uña, el rostro de mi abuela se pondría a tintinear.

Guardo, no obstante, pocos recuerdos precisos de aquella primera y larga estancia en Saint-André. Cuando me esfuerzo por evocar algún vestigio de los acontecimientos de aquel verano, no encuentro sino una suerte de bruma dorada en la que flota una felicidad de contornos confusos. Es necesario un sueño como el que tuve anoche para que una antiquísima marea refluya y deje al descubierto fascinantes e irrisorios tesoros, como el tintineo de la campanilla del portillo de la entrada, que anunciaba la aparición cotidiana del constructor de instrumentos musicales a las puertas de la alameda del jardín; la larga nota aflautada que emitía el zorzal vespertino desde la cima del abedul; mi abuela sentada en su mecedora frente a mí ovillando la lana, cuya madeja tensaba yo firmemente entre mis puños separados; o mi carrera extasiada en derredor de la gran morera del césped, de la cual emanaba el murmullo de una nube de abejorros en la luz del crepúsculo...

En realidad, fueron aquellas semanas las que ejercieron una influencia más duradera en mi memoria inconsciente. Es así como el nombre de Brujas ha conservado en mi memoria una connotación festiva tan intensa que, todavía hoy, no puedo escuchar su pronunciación sin estremecerme de felicidad, como si, salvando un abismo de setenta años, este nombre tuviera el poder de devolverle la vida a ese universo de poesía y libertad al que tan ardientemente ligado está el rostro de mi abuela. Desde mi primera infancia, siempre le he atribuido una dignidad especial en la aristocracia de las palabras que, más allá del significado estricto que les otorga el consentimiento general, enriquecen el tejido sensorial de la lengua con todo un tesoro de sabores, colores y perfumes: la sola magia de su consonancia suscita en mí el sentimiento de una complicidad exultante entre la idea de la ciudad y aquella de la voluptuosidad, el terciopelo y las vacaciones.

¿Fue durante el verano siguiente cuando establecimos el pacto? Así lo creo. Yo aún no tenía siete años; pero, a estas alturas, el lector ya habrá comprendido que si mi abuela disfrutaba con algo, era sobrestimando mis capacidades. El caso es que, un buen día, decidió convertirme en el depositario de las tradiciones de nuestros antepasados y enriquecer nuestros lazos con una nueva costumbre consagrada a los fastos de la historia familiar.

Las reglas eran muy simples: a su debido momento y a su manera, ella relataría la historia y la genealogía de la familia. Mi papel consistiría en escucharla, haciéndole, de cuando en cuando, alguna pregunta inteligente. En agradecimiento, al final de la «entrevista» recibiría un *berlingot*<sup>[1]</sup> hecho con pasta de almendras. Me honra decir que ni mi abuela ni yo consideramos jamás que este último punto fuera la esencia de nuestro contrato; es más: sólo fue introducido a posteriori.

El acuerdo quedó, pues, sellado. Que yo recuerde, los dos cumplimos con honestidad nuestra parte correspondiente del trato. Acaso yo no siempre aprecié tan profundamente como habría debido el interés de aquel ejercicio; mas, habida cuenta de que la necesidad de relatar no se adueñaba de ella sino una o dos veces a la semana, mi labor nada tenía de abrumadora.

El ritual dictaba que, de ordinario, se hiciera al final del día, cuando la luz del crepúsculo descendía sobre el jardín. En cuanto veía aparecer la botella de granadina en la mesa de la escalinata, sabía que había llegado el momento. Conforme a la naturaleza del relato previsto en el programa de la tarde, la botella venía acompañada o no por un cofrecillo de marquetería del que tendré ocasión de hablar más adelante.

Labores de punto en mano, mi abuela solía acomodarse en el único sillón de la casa en el que jamás la viera sentarse: una mecedora de madera de fresno con el asiento y el respaldo de rejilla, de cuyo balanceo gustaba cuando quería deleitarse en la contemplación del sol que bañaba sus flores. Yo me arrellanaba en un banquito cerca de ella y esperaba.

Jamás abordaba su relato de inmediato: antes siempre se instalaba entre nosotros un bellissimo silencio de dos o tres minutos. Aun cuando parecía absorta en sus labores, tengo la impresión de que, por encima de todo, necesitaba poner en orden sus ideas, y que aquella demostración de absoluta virtuosidad automática, admirable en sí misma, con la que yo la veía tejer a toda velocidad los puntos con su aguja, no tenía otra utilidad que la de estimular su concentración y mantener ocupados sus dedos mientras su mente divagaba por las nubes en pos de sus recuerdos.

Finalmente, comenzaba a hablar. Primero lo hacía con una voz muy tenue, como si hubiera de quebrantar cierta prohibición que su naturaleza le imponía de escapar a su silencio. Después, poco a poco, empezaba a hacerlo de manera más inteligible, pero siempre con indecisiones, pausas y reanudaciones; como alguien que rememora un sueño en el que algunos episodios permanecen desdibujados. Éste era, en efecto, el cometido al que se entregaba: desenredar aquella madeja de sueños, deseos, alegrías y adversidades con los que se habían enredado tanto su vida como la de sus allegados; encontrar el hilo casi indistinguible que unía a la niña de otro siglo con ese otro niño que, en el presente, escuchaba con gravedad los discursos de su abuela en el umbral de las noches caniculares.

Por más que, como veremos, mi abuela poseía una brillante agudeza para lo epistolar, se hacía pasar por una persona poco dotada para la escritura, de ahí que hubiera adoptado como medio la confesión oral, la cual le permitía elegir su público, amén de parecerle más adecuada a sus talentos. En suma, me hablaba como si estuviera escribiendo sus memorias: yo era el confidente que la Providencia había designado para que nada se perdiera, el heredero encargado de recoger el patrimonio de recuerdos que ella se había fabricado, con la paciencia de un pólipo coralino, alrededor de los momentos, baladíes o significativos, de la historia familiar.

Había nacido en la víspera de la guerra de 1870 en un pueblecito de los alrededores de Mons, donde sus padres explotaban una finca en aparcería. Ya en aquella época las propiedades rústicas comenzaban a escasear en una región donde la proliferación industrial había causado estragos. Durante algún tiempo más, las últimas hectáreas dedicadas al pasto y el laboreo habían logrado sobrevivir entre las escombreras; sin embargo, al igual que a las tribus de indios americanos encerrados en sus reservas, a ellos no les quedó más remedio que llevar en sus tierras la vida agotadora y precaria de las especies en vías de extinción.

Con sus cuatro vacas y sus veinticinco ovejas, mis bisabuelos, cuyos preciosos nombres de pila eran Donatienne y Nicolas-Cyprien, no habrían estado peor dotados que muchos otros si mi bisabuelo no hubiera sucumbido a la desafortunada tentación de embarazar a su mujer con siete niños en siete años. Dos de ellos tuvieron el buen gusto de morir a una corta edad, en tanto que mi abuela sufrió durante toda su juventud el triple infortunio de ser chica, ser la mayor y tener hermanos varones.

No obstante la severidad de los tiempos y el peso de sus cargas familiares, a Donatienne y Nicolas-Cyprien, quienes tanto el uno como el otro habían sido educados en el respeto a las tradiciones y el culto al varón, se les metió en la cabeza albergar ambiciones para los hijos varones que el cielo había tenido la merced de concederles. Se persuadieron de que el Señor no les escatimaría su pedacito de paraíso si, al menos, llegaban a ahorrarles a sus hijos las servidumbres de la condición campesina. Tampoco les hacía falta mucho para ponerse a soñar. Constant no tenía muy malas notas en lectura y era bueno en cálculo; apretándolo un poco, ¿acaso no podrían hacer de él un maestro de escuela más que decente? En cuanto a François, que tenía ojos de niña y disfrutaba con el catecismo, ¿se dejaría seducir, tal vez, por el seminario?

Indudablemente, para llevar a cabo tan nobles propósitos, serían precisos algo de perseverancia y mucho tiempo. También muchos sacrificios. Pero Donatienne y Nicolas-Cyprien estaban dispuestos a ello. Por supuesto, las tres hijas, cuyos estudios ni tan siquiera podían barajarse, deberían asumir su parte. Éste era el orden normal de las cosas y la costumbre en las familias, conque a su madre no le habría cabido otra cosa en la cabeza.

En consecuencia, tácitamente se convino que el conjunto de los quehaceres domésticos les correspondería a mi abuela y sus hermanas. Como es natural, esta cesión prioritaria de derechos no impedía que se recurriera a sus servicios para, por añadidura, colaborar en las faenas de la granja.

Así las cosas, todo parecía dispuesto de la mejor manera posible. Y tras pasarse el día entero a vueltas con el cieno y el estiércol, trotando de la bodega al granero y del establo a los terrenos labrados, cuando Donatienne extendía su cuerpo molido de cansancio sobre el camastro conyugal y musitaba su oración vespertina, juntando sobre las ásperas sábanas sus manos, cuyos dedos estaban carcomidos de tantas coladas, jamás dejaba de agradecer a Dios, antes de dormirse, los favores concedidos,

sosegada ante la visión de un mundo en orden.

Mi abuela no me contó nada más aquel primer día.

Sin embargo, fue suficiente para conmover al niño que yo era, pues, aun después de tantos años, persiste en mi memoria el recuerdo de aquellos instantes. Me basta cerrar los ojos para hallarme de nuevo sentado en mi banquito, en medio de las frondosas capuchinas que recubren la balaustrada de la escalinata. Por debajo de la voz de mi abuela, oigo el tenue hostigamiento del entrechocar de las agujas que ella continúa manejando mientras me habla, al tiempo que, en medio del plácido crepúsculo, los mirlos del jardín rivalizan en belleza con sus trinos, y el rojo suntuoso de la granadina resplandece bajo los rayos del sol poniente.

Hube de esperar a nuestra segunda «entrevista» para ver aparecer el cofrecillo de marquetería en la mesa de la escalinata: en madera de rosál con incrustaciones de nácar, se trataba de un joyero, estilo Carlos X, que era para mi abuela la niña de sus ojos. Su minúscula cerradura secreta llevaba intrigándome desde hacía mucho tiempo, pero me tenían terminantemente prohibido que la tocara. Comprendí que se trataba de un regalo que un día mi abuelo había hecho a su joven esposa: «Un enorme gasto...», me confesó ella con mirada risueña. Ciertamente es que el esplendor del objeto sorprendía bastante en medio de nuestro tosco mobiliario, si bien hoy me alegra pensar que aquella pequeña obra de arte, ejemplo de los más perecederos encantos de lo inútil, había sobrevivido a un siglo de prodigalidad desenvuelta únicamente para proporcionar a mi abuelo la ocasión de realizar un bello gesto de amor.

Mi abuela apenas poseía joyas: lo que ella guardaba en su joyero eran tesoros de otra suerte. Entre los documentos que sacaba de aquél, con tanta reverencia que parecía estar desvelando el santísimo sacramento, había una extraordinaria foto de su familia, tomada en la granja en 1896 con ocasión de las bodas de oro de los padres de Donatienne.

El fotógrafo había instalado su trípode en el patio, junto a la fosa de purines, y había dispuesto a sus personajes en el ángulo formado por el granero y los establos. El batiente superior de una de las puertas está cerrado, y en la sombra del vano se distingue la cabeza de una vaca intrigada por el trájín.

Toda la familia está agrupada alrededor de los festejantes. Mi abuela me explica que se trata de los hermanos y hermanas de su madre acompañados por sus cónyuges y el cortejo de sus hijos. El más joven apenas tiene un año: está acurrucado en el regazo de mi tatarabuela, la heroína de la fiesta, que es la única, junto a su marido, que tiene derecho a una silla. Los demás están repartidos a su alrededor formando tres filas: los niños más pequeños están sentados en primer plano sobre unas mantas hábilmente colocadas, sin que medie nada entre ellas y el burdo adoquinado del patio.

En total, son más de una treintena quienes, con la cabeza descubierta bajo el tenue sol, miran el ojo de la cámara con una gravedad cuidadosamente elaborada. Imagino

que el oficiante, bajo la tela negra con la que acaba de cubrirse la cabeza, prosigue su verborrea de buhonero empuñando el disparador en forma de pera que desencadenará el milagro. Por más que examino todos los rostros, no veo ninguna sonrisa. Parece que me equivoco al sorprenderme. En la historia de una familia, una fotografía de ese tipo era un hito que no se prestaba a risa: «Además», concluyó mi abuela, «no hubo ninguna más. Para la mayoría de estas personas, esta imagen es el único vestigio que queda de su paso por el mundo».

Evidentemente, van ataviados con sus ropas de los domingos, las cuales se ponen también para los entierros: exceptuando algunos niños, todo el mundo viste de negro. Aun así, dos o tres mujeres se han concedido alguna que otra fantasía con la esperanza de atenuar la severidad de su vestimenta; eso sí, su audacia no va más allá del tul blanco de una gorguera, de la plata levemente brillante de un broche o de los alamares de una blusa.

De inmediato, reconozco a mi abuela por esa especie de fuego que desprende su mirada. Está plantada en primera línea del grupo, entre dos niños enjutos y granujientos que deben de ser sus hermanos. A su lado, ella parece sorprendentemente menuda y frágil, pero reconozco esa orgullosa manera suya de mantener la cabeza erguida: jamás logré saber si era para desafiar al destino o para disimular la papada de una barbilla poco perfilada.

La interrogo acerca de sus hermanos: quiero saber si un análisis del balance familiar permitiría alegar que su éxito al menos compensó su sacrificio. La pregunta parece turbarla. Continúa haciendo punto unos instantes más sin responderme. Yo insisto. Al cabo, me revela que el futuro maestro de escuela murió de tuberculosis a los veinticinco años.

—¿Y François?

Esta vez, no logra disimular su malestar. Para distraerme, me ofrece un vaso de granadina. No me rindo. Alza los hombros. Acabo enterándome de que el chico fue expulsado del seminario por mala conducta. Cuando le pregunto qué fue de él, ella se limita a responderme que «acabó mal». Desconozco lo que esta expresión quiere decir, aunque presiento que implica la ruina definitiva de un individuo. Por la frialdad del tono de mi abuela, adivino asimismo que no me proporcionará más detalles.

El hecho de que aquellas dos tiernas almas eligieran el misterio de la desgracia me impresiona hondamente. Una vez más, interrogo la imagen impresa en el cartón con la esperanza de descubrir en los rasgos de los dos hermanos algún signo que anuncie la ira divina que los asolaría. Es curioso, me da la sensación de que sus rostros están más pálidos que el de mi abuela, como si el tiempo hubiera comenzado ya a desdibujarlos. En secreto, consagro un pensamiento compasivo a aquellos dos destinos truncados.

Al darle la vuelta a la foto, observo que una mano desconocida cuidó de reproducir en el reverso la composición del grupo, anotando los nombres de las personas representadas. De ese modo, me entero también de que mi abuela se llama



Thérèse-Augustine. La consonancia de su nombre me fascina, y mi entusiasmo hace que se sonroje como una joven. Lo que no me atrevo a decirle es que jamás había imaginado que mi abuela pudiera tener un nombre.

Lo que tampoco había imaginado era que poseyera una personalidad mucho más compleja que la de la adorable ancianita que compartía mis juegos, leía con esmero una y otra vez mis deberes vacacionales y me arropaba en la cama.

A decir verdad, jamás me había cuestionado nada en torno a su persona: para mí, era simplemente mi abuela. Este hecho pertenecía al orden de las evidencias cosmológicas tanto como el agua que colma el mar o las estrellas que habitan el cielo. Definitivamente, había situado entre los encantos que me deparaba el destino su reaparición con el buen tiempo. En alguna parte del gran libro del mundo estaba escrito que, al día siguiente de la entrega de premios que cerraba el año escolar, volvería a ver a mi abuela en Brujas con las primeras grosellas, los largos crepúsculos dorados y el zumbido de las nubes de abejorros entre el follaje de la morera. Sabía que ella estaba tan feliz de acogerme como yo de volver a verla, lo cual bastaba para apaciguar cuanta curiosidad pudiera yo albergar acerca de sus estados de ánimo.

No comencé a ser consciente de la multiplicidad de su personaje sino a partir del instante en que devine testigo privilegiado de sus soliloquios vespertinos entre las capuchinas de la escalinata. Ahora bien, he tardado años en comprender de dónde sacaba aquella extraordinaria fuerza de carácter que la distanciaba del común de las gentes y la convertía en un ser cuya vitalidad e inventiva parecían inagotables. Creo que se debía sobre todo a la peculiar gracia con la que el cielo la había aureolado en su nacimiento: la de tomar, de forma literal, sus deseos por realidades. Aquella propensión de su naturaleza, que la inclinaba, como a los niños, a privilegiar lo imaginario por encima de lo real y a adoptar la mayoría de las veces un comportamiento contrario a las normas establecidas, era una constante fuente de sorpresas para sus allegados.

En cambio, si enfocábamos las cosas desde su propia perspectiva, su disposición de ánimo presentaba la tranquilizadora ventaja de situarla permanentemente en la certeza de su derecho: la osadía de la que daba muestras en todas las circunstancias, y que la habría conducido, de haber sido menester, a cantarle las cuarenta al Papa; la determinación con la que llevaba a cabo incluso el menor de sus planes así como el desdén absoluto hacia el «qué dirán» —el episodio de la trompeta es sólo uno entre otros muchos— eran la esencia de sus virtudes.

No era muy propensa a utilizar la figura retórica de la atenuación y tenía tendencia, cuando creía no estar siendo observada, a exagerar la expresión de sus sentimientos. En razón de esto, en algunas ocasiones veía su rostro —por lo general sonriente— descompuesto bajo los efectos de un dolor repentino, tornándose lívido como el de Gaby Morlay en *Accusée, levez-vous!*, la película que, juntos, habíamos

ido a admirar al Vieux Bruges. La mayoría de las veces dicho fenómeno, el cual podía ser suscitado por las causas más fútiles —como un redondo excesivamente asado o unas gafas perdidas—, se producía sin que nada lo hubiera anunciado de antemano. Entonces, cerraba los ojos, se pasaba lentamente la mano por la frente y, antes de encerrarse un rato en el baño, murmuraba: «¡Estoy desesperada!». Siempre la admiré en aquellos momentos: me habría gustado crecer para estar yo también desesperado.

Sin lugar a dudas, podía volverse implacable cuando estimaba que sus derechos fundamentales estaban siendo amenazados. Dado que tenía una aguda sensibilidad y gozaba de una viva imaginación para todo aquello que fuera susceptible de hierirla, resultaba prácticamente imposible sorprenderla bajando la guardia. Bastaba una frase torpe o un gesto que la desagradara para que declarara la guerra. En apariencia, no había cambio perceptible en su actitud: bajo su moño de cabellos plateados y la agraciada composición de aquellas arrugas que, de modo encantador, sonreían al hablar, continuaba poniendo en evidencia su modesto porte de señora bien educada y con cara de no haber roto un plato en su vida. ¿Quién podría imaginar que en las sombrías cavernas de su alma se consagraba a comerciar con su furia?

De su miserable infancia había conservado el sentimiento de la injusticia del mundo: en realidad, jamás había perdonado a su padre por haberla violentado sacándola del colegio a los once años. Ésta había sido la verdadera tragedia de su existencia: pasado medio siglo, la amargura de sentirse engañada la atenazaba todavía.

Me contó con verdadera pasión todos sus intentos por liberarse de la tutela de su familia. Detestaba las faenas demasiado físicas que le imponían en la granja, de suerte que había suplicado que la metieran de aprendiz en una casa de costura. Sus padres se negaron en redondo. La discrepancia duró varios años antes de degenerar en un conflicto abierto: un buen día, Thérèse-Augustine abandonó su hogar para refugiarse en la casa de una vecina.

Aquella fue una de las raras ocasiones en que vi a mi abuela algo cohibida al hablar de su vida, como si, después de tantos años, la audacia de aquel gesto, tan escandaloso para la sociedad de su época, la siguiera amedrentando.

A fuerza de obstinación, finalmente se salió con la suya: la vecina interpretó el papel de mediadora y consiguió que la acogieran como modista aprendiz en una casa de moda de Mons. Thérèse-Augustine tenía dieciocho años cuando aprendió a hacer sombreros.

Creo que conoció a mi abuelo en las semanas siguientes. Se mostró de lo más discreta acerca de las circunstancias de su encuentro y del nacimiento de su amor. Se limitó a confesarme que el noviazgo había sido breve.

Hace algunos años, revolviendo unos papeles viejos, encontré el certificado de nacimiento de mi padre, merced al cual supe lo que las reticencias turbadas de Thérèse-Augustine sólo me habían dejado adivinar: que mis abuelos se habían dado

mucha prisa en amarse.

Es probable que fuera a lo largo de aquellos años de humillación que había conocido en la granja cuando Thérèse-Augustine le tomó el gusto a crearse un sistema de compensaciones en el mundo de sus sueños, imaginando en beneficio de sus seres queridos los advenimientos gloriosos que ella no tenía la fortuna de vivir. Desde que hubo conquistado su libertad, decidió organizar su futuro poniéndose en cuerpo y alma a disposición del hombre que había elegido. Al día siguiente de su boda, con el vigor flamante que les confería el despertar de la sensualidad, vio renacer todas las expectativas que su vida había truncado, todos los anhelos que había debido contener en los tiempos de su condición servil, todos los fantasmas que su corazón de jovencita había concebido en la granja durante sus noches solitarias cuando, en el pedazo de cielo que veía por el lucernario, la incesante germinación de estrellas parecía presagiarle una promesa. Pudo entonces, por fin, expulsar al fantasma de su propio fracaso, pues el destino acababa de poner frente a ella a un ser de carne y hueso que, a partir de ese momento, habría de encarnar sus esperanzas.

De la noche a la mañana, dejó, por tanto, de interesarse por ella misma y comenzó a «soñar» a mi abuelo, reemplazando poco a poco al hombre que había desposado por un personaje de su imaginación al que ella seguía llamando Bernard y en quien, pese a parecerse físicamente a su marido en todo punto, sin duda aquél no se reconocía a sí mismo.

Fanfarrón como era, y no disgustándole evocar sus proezas profesionales en los entreactos de su joven pasión, no se dio cuenta de que estaba siendo cómplice de su propia metamorfosis: al cabo de varias semanas, mi abuela estaba convencida de que la nación entera lo tenía por un Napoleón del ferrocarril, un Alejandro Magno de la red de caminos y un Colbert de los cambios de agujas de los rieles ferroviarios: era prácticamente inimaginable que un tren pudiera todavía circular por el país sin que él estuviera implicado de algún modo. ¿Cómo admitir que semejante prodigio continuara echándose a perder en una condición de subalterno y se viera arrastrado de una provincia a otra bailando al son de aquellos traslados continuos y arbitrarios?

Resuelta a reclamar justicia, planeó, sin dilación y con una ingenuidad absoluta, asediar a aquellas altas esferas todopoderosas cuya existencia acababa de conocer: a escondidas de mi abuelo, quien aun aceptando sus halagos jamás habría permitido una imprudencia, dirigió una petición, en la debida forma, a la dirección general de la Sociedad de Ferrocarriles.

A partir del día siguiente, comenzó a acechar el correo. Estoy seguro de que ya veía a su marido galopando a la cabeza de su carrera hacia el éxito profesional, donde ella lo había colocado. Lo que no sabía era que se había equivocado de caballo. La naturaleza no había dotado a mi abuelo —¡alabada sea su alma inocente!— del servilismo que exigía semejante ejercicio.

En cualquier caso, la cuestión ni siquiera llegó a plantearse: jamás recibió respuesta a su carta. Si la evoco aquí es porque inaugura la trayectoria de epistológrafa en la que mi abuela se mostraría infatigable durante todo el transcurso de su vida. Como creía a pies juntillas en las virtudes de la comunicación, en la utilidad del alegato y en el poder contagioso de las convicciones sólidas — especialmente las suyas—, consagró, hasta el último de sus días, una parte notable de su tiempo a dirigir innúmeras misivas a los corresponsales que las circunstancias le iban sugiriendo: el recaudador de impuestos, el burgomaestre, los vecinos, la Policía, el lechero, los periódicos...

Entre todas las imágenes de mi infancia, la siguiente es una de las que con mayor ternura han permanecido presentes en mi memoria: mi abuela sentada frente a mí a la mesa del comedor. Pluma en mano, se inclina con gran cuidado sobre el papel color azul ligeramente festoneado que siempre utilizaba. Observo la progresión de su escritura con una atención fundada no tanto en el respeto que siento hacia su quehacer como en la expectativa de un instante privilegiado: aquél en que, finalizada su misión y deslizada la carta en el sobre, cerrará éste con una ágil lametada, gesto que ritualmente repetirá sólo para mí desde el momento en que su mirada, velada por las gafas, se cruce con la mía.

Thérèse-Augustine jamás había creído en el destino. En aquel cabal momento en que se preguntaba qué haría el resto de los años que le quedaban en la tierra, mi irrupción en su vida le pareció un guiño de la Providencia. Tenía que haber una intención para que, en el más lóbrego vacío de la soledad y la ociosidad que la abatieron después de la muerte de su marido, la fortuna lanzara a sus brazos a aquel niño que, además, resultaba ser el hijo de su hijo. Era evidente que detrás de aquello se hallaban los designios de las Potestades.

Y así hizo de mí, como le pedía todo su ser, el depositario de sus sueños de manera tan natural como cuando, al hacer una suma, trasladamos el total provisional de una columna a la otra. Abrigaba la esperanza de que, con su ayuda y algo de suerte, yo asumiría en el reino de los hombres la porción brillante de aquel destino que ella no había podido vivir: por aquel entonces ya se veía preparada para construir con su imaginación aquella existencia nueva que un día conocería en la forma de mi persona.

Se daba perfecta cuenta de que el tiempo limitado del que disponía no jugaría a su favor: dos meses al año eran un tiempo demasiado escaso para seducir y dar forma a la joven persona en la que ella esperaba desdoblarse al modo del *Doppelgänger* de Hoffmann. Era preciso, sin embargo, que se amoldara.

Llevaba hasta el extremo su preocupación por la perfección, de ahí que la primera tarea que se prescribiera a sí misma fuera la de volver a sus clases. Bajo pretexto de releer mis deberes de las vacaciones, rehízo por su cuenta el camino que yo había recorrido durante el curso escolar. Más de una vez la sorprendí fisgoneando en mi cartera del colegio con el fin de hallar mi gramática y mi libro de cálculo.

Me imagino que en mi lugar la mayoría de los niños se habría sentido algo irritada ante un interés tan invasor; pero a mí me gustaba lo bastante estudiar como para comprender que otros encontraran en ello un cierto encanto. Sin esfuerzo ni mérito, yo pertenecía a aquella familia de los «buenos» alumnos que se divierten en el colegio y absorben todo lo que les enseñan con la avidez de una esponja; esto es, que la complicidad de mi abuela era a mi entender más un germen de entusiasmo que una fuente de irritación.

Se sabía los nombres y apellidos de mis compañeros de colegio, especialmente los de aquellos que competían conmigo por ser los primeros de la clase. En el momento de la lectura comentada de mis notas escolares anuales que, como un ritual, tenía lugar en presencia de mis padres el día de nuestra llegada a Brujas, mi abuela jamás cejaba en recabar información detallada acerca de ellos: me asediaba a preguntas sobre sus gustos, sus costumbres y su medio familiar; pasaba revista a sus cualidades y defectos; asentía con la cabeza haciéndose la entendida toda vez que descubría un punto débil para, al final, predecir invariablemente su descalabro. Entre otros estaba un tal Ferdinand Bisieux, quien fue mi rival durante toda la escuela primaria y que rayaba incluso en la insolencia, tanto era así que me aventajó en un par de ocasiones: aquel niño, al que ella jamás había visto y con quien yo me entendía

a la perfección, se convirtió en su blanco favorito. Puesto que ingenio no le faltaba, mis padres se reían a sus anchas escuchándola. Estoy seguro, eso sí, de que en su fuero interno no distaba mucho de pensar realmente todas las maldades que decía.

Un día descubrí que había tomado por costumbre leer a mis espaldas las mismas novelas que yo. Por la mañana me di cuenta de que el volumen que la víspera había dejado yo encima de mi cama había desaparecido mientras dormía. Me disponía a acusar al fantasma de la casa cuando se me ocurrió confiarle a mi abuela mi asombro, momento en el que, sobre la mesa del salón, detecté el libro de Jack London o de Mark Twain encima del cual me había quedado dormido la noche anterior: sin turbarse lo más mínimo, me confesó que bajo nuestro techo no habitaba más fantasma que ella.

Cuando me remonto a aquellos lejanos años, vuelvo a experimentar con una agudeza intacta la leve tristeza que sentí aquel día. El beso que mi abuela me daba en el umbral de la noche era un rito de alegría al que no me habría sustraído por nada del mundo. A la hora en que, colándose por la ventana abierta a la noche canicular, la penumbra invadía mi habitación exhortándome a renunciar a mi libro, yo me obligaba a permanecer despierto hasta el momento en que escuchaba sus pasos en la escalera. Entonces, cerraba los ojos para simular que estaba dormido y saborear en silencio la caricia de aquella mano vieja, deformada y seca, que me rozaba la frente al tiempo que la otra, una mano querida, buscaba mi mejilla en la oscuridad.

Supongo que se habría sorprendido enormemente de haber sabido que su confesión había perturbado mi perspectiva acerca de la pureza de aquel instante de tierna complicidad. No obstante el placer que sentía imaginando que ella encontraba tanto encanto como yo en aquellos relatos que me apasionaban, durante varias semanas sentí una especie de punzada de traición pensando que pudo tener al besarme otra intención distinta que la de darme las buenas noches; y me fue imposible borrar de mi memoria la imagen de esa otra mano que tentaba la mesilla de noche en busca de mi libro.

Mi abuela carecía de toda cultura literaria. Sumisa desde su nacimiento a las leyes de un medio social que consideraba la lectura como un lujo prohibido a las mujeres, casada muy joven con un hombre que no se interesaba por nada que no fuera su carrera, cargada prontamente de niños, había pasado su vida languideciendo de aburrimiento y apaciguando su sed de evasión mental en medio de las tiranías de la prole y las premuras del puchero para recobrar, una vez pasados los sesenta años y con una avidez intacta, un solaz inesperado, sin que por ello dejara de verse tan rotundamente ignorante como a los veinte años.

No era de esas mujeres que se resignan sin antes combatir. Así pues, una mañana se le ocurrió la idea de que, acaso, no fuera demasiado tarde para recobrar parte del tiempo perdido. Sin embargo, no se decidió del todo hasta el día siguiente a la muerte

de mi abuelo. Fue entonces cuando comenzó a frecuentar asiduamente la biblioteca municipal. Durante las primeras semanas del luto, su visita semanal a la place Jan van Eyck fue de hecho la única salida que se autorizó. Los paseantes que en las tardes primaverales se abandonaban a sus ensoñaciones en los alrededores de la Loge des Bourgeois y del antiguo Tonliue se cruzaban los viernes, al atardecer, con una ancianita que aferraba bajo su brazo dos o tres volúmenes, mientras caminaba a paso corto y ligero en dirección hacia la rue des Pierres, sin percatarse de que su gorro de piel estaba cómicamente torcido sobre sus cabellos blancos. Había quienes, al advertirla, se giraban a causa de aquel aire de inmensa soledad que leían en su rostro.

Como cabía esperar, el tiempo obró en el alma de mi abuela. Al cabo de unos meses, aquella práctica libresca, en la que al principio sólo había visto el símbolo de su liberación y el instrumento para vengarse del destino, acabó por mudar en pura pasión. Conoció la sorpresa de albergar en ella, con la violencia de las tentaciones capitales, la necesidad de devorar el mundo de los otros para forjar su propia existencia. Pero no disponiendo de otras armas de discernimiento que las que una educación primaria le había podido aportar, jamás llegó a distinguir entre lo mejor y lo peor: su permanente disponibilidad para saltar de un imaginario a otro la impulsaba a absorber con la misma avidez a Balzac y a Paul Bourget, a Zola y a Marcel Prévost, a Maupassant y a Henry Bordeaux. Cada lectura le abría las puertas de un «más allá» fabuloso, ajeno a las mezquindades de la vida cotidiana, donde todo era auspicio y color, inocencia y gozo.

Era inevitable que, viéndome embebido a todas horas del día en aquellos relatos de aventuras, los cuales ejercían tan profunda influencia en mí como para que me olvidara de la hora de la comida, llegara ella también a interesarse por mis lecturas. Por lo demás, todo aquello estaba en consonancia con el plan que había concebido respecto a mí.

Lo que ella no había previsto era que se lo tomaría en serio y que, tras devorar en dos o tres semanas el lote entero de libros que había traído conmigo en el equipaje, me acuciaría para acompañarla a la biblioteca y ayudarla a elegir otro lote.

En realidad, poseíamos muchos rasgos en común: igual que yo, se creía al pie de la letra lo que leía, arriesgando su persona en la empresa de la lectura hasta el punto de llevar, en compañía de sus héroes, una existencia paralela a la suya en el entorno humano. Aquella capacidad para desertar de la realidad en favor de los prodigios de la vida soñada le habría costado un sinfín de disgustos en la sociedad local de no haber poseído el dominio absoluto de unas dotes que jamás he visto en nadie más, a saber: ausentarse de una conversación a voluntad sin que su interlocutor se percatara. Era perfectamente capaz de estar a la altura en cualquier tertulia pronunciando en el momento oportuno las palabras pertinentes a la par que, mentalmente, se hallaba a miles de kilómetros de distancia. Con voz desengañada, podía decir: «Tiene usted toda la razón, mi querida señora: ya no hay estaciones», al tiempo que su alma galopaba con el último mohicano por la vasta llanura del Hudson.

Me viene a la memoria un día en que, al pasar por la Porte Maréchal cuando volvíamos de una de esas «meriendas de viudas» a las que solían invitarla en Saint-André, me confesó una «distracción» de aquella suerte, disimulando su risa tras su diminuta mano enguantada. Recuerdo lo que nos reímos juntos de aquello. Ciertamente es que, en muchos aspectos, teníamos la misma edad.

Sin que lo hubiéramos premeditado en absoluto, nuestra vida en común se había organizado alrededor de ciertas costumbres, algunas de las cuales habían adquirido al cabo de los años una suerte de dignidad ritual.

Ya he mencionado aquellos instantes privilegiados del final de la tarde en que, al regresar del jardín tras haber pasado un buen rato «robinsoneando» entre los árboles, volvía a encontrar a mi abuela con sus labores de punto sobre la escalinata: la tregua de una hora que se concedía antes de cenar era uno de los escasos momentos de verdadero solaz en que teníamos la ocasión de estar juntos. Sabía que aquella pausa era para ella una de las alegrías del día, así que me esforzaba por acudir puntualmente a mi cita. Sin embargo, con franqueza, era menor la preocupación por no molestarla que la curiosidad por la programación que iría a proponerme aquella tarde. Y es que hacer las cosas sin orden ni concierto no era su fuerte, por lo que jamás abandonaba al azar el esmero a la hora de organizar nuestra conversación.

Cada vez que estaba en vena para las confidencias, retomaba el curso de la crónica familiar, cuyo hilo había comenzado a desenrollar unas semanas antes. Pero en una ocasión también me sugirió que hiciera una «recreación» de la historia. Su ingenio le inspiraba un sinnúmero de ideas de una inventiva y diversidad tales que siempre me sorprendían: disfrutaba, por ejemplo, elaborando concursos basados en los recuerdos que habíamos guardado de nuestras lecturas comunes. Estructuraba el juego con tanta habilidad como para permitir que me olvidara de que yo era su único participante, de modo que al final de la prueba veía perfectamente natural que mi sagacidad se viera recompensada por el habitual *berlingot* de pasta de almendras destinado al laureado.

Supongo que para mi abuela aquellas sesiones formaban parte del plan de educación que había tramado para mí. Mas, cualquiera que fuera su intención, es obvio que la sutileza de su inspiración habría dado una buena lección a no pocos pedagogos: el giro, a la vez divertido e imprevisible, de las fabulaciones que aquellas sesiones obraban casaba de maravilla con ese gusto por el estudio asociado a la pasión del juego que, ya por aquel entonces, era una de las características de mi naturaleza.

No he guardado el recuerdo de todos los temas que abordamos en aquellas circunstancias. Así y todo, al menos hay una de esas sesiones de la que hasta el menor de los detalles ha permanecido grabado en mi memoria: aquélla en la que, en virtud de las necesidades del concurso que me fue propuesto, mi abuela me enseñó a



utilizar el diccionario.

Su ilimitado respeto por todas las expresiones culturales se extendía de manera natural a sus instrumentos. El altar que en las casas romanas se reservaba al culto de las deidades domésticas estaba representado en la nuestra por la estantería del salón, en la que reinaba el *Nuevo pequeño Larousse ilustrado*, junto a *La France pittoresque*, *Las fábulas* de La Fontaine, *La leyenda de los siglos* y —sólo Dios sabe por qué— *La Harpe d'Armorique*, de Auguste Brizeux.

El volumen con el vilano de diente de león transportado por el viento<sup>[2]</sup> representaba para mi abuela una suerte de oráculo que, supuestamente, contenía todas las respuestas. Lo consultaba no sólo para apaciguar sus ansiedades ortográficas cuando se ponía a escribir a uno de sus múltiples corresponsales, sino también cada vez que la vida le planteaba un problema cuya solución no se hallaba en su libro de cocina. Mantenía con él esos lazos de prudente deferencia que unen al devoto con su misal, al tiempo que saboreaba el texto de sus definiciones como si fueran golosinas.

En lo que a mí respecta, no conocía el libro más que por el crédito que le atribuía mi abuela: el maestro de mi pueblo no lo utilizaba en clase, y mis padres parecían desdeñarlo en favor de un diccionario en seis volúmenes cuyo colosal aspecto siempre me había desanimado.

Una tarde de julio, en el curso de una esas pruebas de las que ya he hablado, el *Pequeño Larousse* llegó por vez primera a la mesa de la escalinata.

Mi misión consistía en buscar un cuadro que ilustrara una de las campañas del Imperio. Evidentemente, mi abuela no debió de elegir este tema sin picardía, ya que fueron muchas las ocasiones en las que ella misma había constatado que las hazañas de la epopeya napoleónica inflamaban mi imaginación. Leyendo sus páginas al azar, mi mirada se detuvo en el cuadro, para mí desconocido, *1814*, de Meissonier. El choque fue considerable: el espectáculo de la llanura nevada donde el vencido de Borodinó, con la mano posada en el estómago, cabalga melancólicamente a la cabeza del cortejo de sus mariscales ateridos de frío, bajo la mirada de la infantería congregada en unidades de flanqueo que ve «por primera vez al Águila inclinando la cabeza», me turbó tan hondamente que, pese a mis esfuerzos por disimular la emoción, no pude evitar derramar algunas lágrimas.

Mi turbación complació tanto a mi abuela que en el acto sucumbió a la tentación de hacer desfilar ante mí la serie completa de las dieciséis «láminas de pintura» del diccionario. En el transcurso de la siguiente media hora, despojado de toda circunspección, soporté *Los funerales de Atala*, *La llamada de las últimas víctimas del Terror*, *La barca de Dante*, *El asesinato del duque de Guise*, *Los apestados de Jafa*, *El juramento del juego de la pelota* y *La balsa de la Medusa*, así como otras muchas obras del mismo género y con idéntica profunda connotación histórico-sentimental.

La carga emocional liberada por aquel panorama acelerado fue lo bastante intensa como para sacar de sí a un niño de mi edad cuya curiosidad no conocía límites, pero

cuya cultura histórica y pictórica era prácticamente nula. Cuando mi abuela llegó a la última lámina (*Tomiris ordenando la inmersión de la cabeza de Ciro en una vasija de sangre*), me encontraba en un estado de excitación de difícil descripción.

Y es que cada uno de los cuadros que me proponía mi abuela despertaba en mí un sinfín de preguntas. He de decir que ninguna concernía a los propios pintores, en torno a los cuales la detestable calidad de las reproducciones del *Pequeño Larousse* me incitaba a permanecer sin opinión.

Lo que motivaba mi interés y mis preguntas eran los temas tratados: la mayoría de las veces evocaban personajes cuyos nombres jamás había escuchado; sin embargo, sus aventuras parecían situarles fuera de lo común. ¿Acaso no huelga añadir que mi deseo de saber más cosas acerca de sus destinos se acrecentaba sutilmente por el hecho de que los títulos que los pintores habían dado a sus obras parecían estar envueltos en el misterio de sus elementos léxicos?

¿Qué podía significar la palabra «excomunió»? ¿Qué crimen había cometido el rey Roberto para exponerse a una pena de nombre tan temible, la cual le valió encontrarse abandonado en su enorme trono, al fondo de una sala desierta, con la cabeza coronada y una mujer desconsolada en sus brazos?

Me habría gustado recopilar algunos detalles sobre las Termópilas; estaba impaciente por saber por qué aquel extraño Leónidas, tras juzgar oportuno desnudarse para combatir, no había logrado atraer la atención de sus enemigos, que le daban la espalda al tiempo que lanzaban coronas al azar<sup>[3]</sup>.

Ardía en deseos por saber por qué *Los enervados de Jumièges*, postrados en una barca a la deriva sobre las aguas, no se ajustaban a la idea que yo me hacía del estado en que frecuentemente veía a mi madre<sup>[4]</sup>.

Pero, siempre dispuesto a compadecerme del infortunio de los demás, lo que me preguntaba, por encima de todo, era qué clase de terror podía paralizar hasta tal extremo a los hijos de Eduardo en aquella cama suya provista de dosel y cortinas<sup>[5]</sup>.

Desgraciadamente era incapaz de responder a todas aquellas preguntas. Lo malo era que mi abuela no estaba mejor informada que yo para hacerlo. Lo maravilloso era que ella, igual que yo, habría dado unos *berlingots* de pasta de almendras a quienquiera que nos hubiera enseñado lo que ambos ignorábamos. Nuestro deleite, nuestro fastuoso y suntuoso deleite, se fundaba en aunar nuestra falta de ciencia y nuestras curiosidades para descubrir juntos las respuestas que se nos escapaban.

Me viene a la memoria la pareja de enamorados que formábamos durante aquellas horas, que no por escasas fueron menos trascendentales en mi vida. Thérèse-Augustine había encontrado una lupa en el cajón de su cómoda y estaba sentada, en precario equilibrio, en el borde de su mecedora, mientras examinaba con la atención de un orfebre los detalles más minúsculos de uno de esos rectángulos, negruzcos y de trazo recargado, que Larousse pomposamente denominaba «Láminas en similigrabado». Entusiasmado con nuestras indagaciones, yo mismo había abandonado mi banco y miraba por encima del hombro de mi abuela, preguntándome

cuál sería la raza del perrillo de los hijos de Eduardo IV.

Por entonces, el más adusto de los calores ya había cedido. La tarde declinaba suavemente encaminándose hacia el crepúsculo. Era la hora en que el zorzal emitía su canto más puro. Llegaban voces desde los jardines vecinos. Pronto las últimas abejas se consumirían en las tibias flamas vespertinas.

Creo que jamás he vuelto a ser tan feliz.

A mi abuela no le gustaban los entreactos.

Cuando al fin las láminas del *Pequeño Larousse* nos hubieron desvelado sus últimos secretos, no pensó, como lo habrían hecho otros, en devolverme a mis juegos; antes bien, decidió que había llegado el momento de pasar a la práctica. Vivíamos a las puertas mismas de una ciudad que ofrece a los ojos del paseante uno de los museos más admirables<sup>[6]</sup>. Thérèse-Augustine estaba segura de que me volvería espontáneamente más sensible a la belleza si juntos recorriamos las calles de la ciudad.

No obstante, visto que la reciente aventura del diccionario le había servido como lección, y que temía quedar en evidencia ante alguna de mis preguntas, procuró consagrarse en primer lugar a su propio aprendizaje.

Un buen día me pidió que la acompañara a la librería de la Grand-Place para comprar una guía de la ciudad. Desde el umbral de la tienda, solicitó los servicios del gerente con la autoridad cortés del bibliófilo de altos vuelos que tiene previsto adquirir un ejemplar de la Biblia de Gutenberg, la de cuarenta y dos líneas. A riesgo de provocar que la dependienta que nos fue encomendada perdiera los nervios, hizo que aquélla le enseñara todo lo que la librería poseía acerca de Brujas, desde el más modesto folleto al libro de arte más suntuoso. Mil veces pensé que me moriría de vergüenza. Finalmente, se resignó ante mi súplica de que eligiera un pequeño volumen con una cubierta azul, en la que la silueta de la atalaya aparecía en sobreimpresión sobre las aguas muertas de un canal ennoblecido por unos cisnes.

Cándidamente, supuse que en su cabeza la obra estaría destinada a la consulta ocasional y que, a la espera de que esto sucediera, se reuniría con *La France pittoresque* y *La Harpe d'Armorique* en la estantería del salón. Sin embargo, me equivocaba: mi abuela se leyó el libro de un tirón aquella misma noche. Lo leyó — quiero subrayar que no se limitó a hojearlo— desde la primera hasta la última página sin saltarse una sola línea. Y como estimaba que en absoluto era indiferente que una tarea se realizara en uno u otro lugar (sosteniendo, por ejemplo, que si bien la mecedora de la escalinata se avenía a los placeres de la imaginación, sería absolutamente impropia para todo estudio que se preciara de serio), se acomodó con decisión frente a la mesa de la cocina, en el mismo lugar en el que me mandaba hacer mis deberes de escritura, sobre una silla de madera cuya incomodidad le parecía lo bastante manifiesta como para que preservara su lucidez mental el tiempo que fuera menester.

El sol aún no se había puesto cuando me envió a la cama aquella tarde, a despecho de lo cual le hice prometerme que me llamaría en caso de que no estuviera dormido cuando encendiera la lámpara. He de señalar que por entonces aún empleábamos el gas para alumbrarnos en la cocina, y que el ceremonial que llevaba consigo el alumbramiento de la lámpara de techo me encandilaba cada vez que lo observaba. Lo que más me gustaba era el gorjeo modulado de la ruedecita accionada por polea que hacía descender una especie de lira de cobre a la altura de la mesa. Mi

abuela me dejaba manejarla bajo su supervisión y, de vez en cuando, encenderla yo mismo con una cerilla. Sin embargo, no solía disfrutar de aquel privilegio muy a menudo, pues, incluso en la estación de los largos crepúsculos, acostumbábamos a acostarnos con las gallinas.

Por supuesto, me dormí enseguida. Todo lo que puedo recordar es que me desperté en mitad de la noche, bajé sigilosamente por las escaleras y me escondí en la oscuridad para observar a mi abuela encarando su tarea de buscadora de oro. Se había dejado la puerta de la cocina entreabierta, de manera que desde el rellano pude vislumbrarla de perfil, aislada en el centro de la oscura habitación bajo el cono de luz rosada que la pantalla, con festones similares a los de la loza, abatía sobre la mesa. Instintivamente había vuelto a encontrar una postura de colegiala: delante de ella, el libro abierto entre sus codos; los puños, en las sienes; las piernas enrolladas a las patas de la silla. Un mechón que había escapado a la disposición de su tocado le colgaba por la mejilla, acentuando aún más la sensación de juventud que desprendía su actitud.

Si hoy comprendo por qué la quise tanto, es a la luz de recuerdos como éste.

A partir del día siguiente, aquel pequeño volumen se convirtió en el cicerone obligado de los paseos que había resuelto principiar para instruir mi sensibilidad en los esplendores de la ciudad. El autor de nuestro vademécum había tenido la idea, bastante original para la época, de proponer a su lector una serie de circuitos organizados sobre una base temática, merced a la cual sucesivamente tuve el privilegio de conocer la Brujas histórica, la Brujas artística, la Brujas mística, la Brujas hanseática y otras tantas más. Aquello no podía dejar de satisfacer a un espíritu amante del rigor como lo era el de mi abuela; en cambio, presentaba el inconveniente de volver a llevarnos, durante dos o tres días seguidos, a las mismas calles, delante de unos edificios que, a la manera de ciertos actores del reparto de una obra teatral, fueron llamados a interpretar varios papeles en el curso de la larga aventura estética y dramática de la ciudad. Mi abuela, siempre infatigable, disfrutaba con aquellas baldías repeticiones que le permitían poner a prueba tanto la calidad de mi atención como mi memoria. A este respecto, yo me mostraba mucho más reservado; pero ya hemos visto que mi compañera de paseos era lo bastante hábil como para conferir a sus cuestionarios el aspecto de un juego en el que yo tenía la ocasión de brillar, con lo que siempre acababa dejándome seducir.

En conjunto, aquella carrera intelectual y pedestre era más bien agotadora. Al margen del gofre y del chocolate caliente que invariablemente tomábamos hacia las cinco en una pastelería próxima a la atalaya, la única tregua que conocían nuestras tardes eran las pausas para la lectura que inopinadamente decidía mi abuela frente a los monumentos que le parecían dignos de semejante honor: se paraba de pronto en plena calle, abría su breviario en la página que había marcado con anterioridad y, sin

preocuparse por los paseantes, se esforzaba en inculcarme, en voz alta y bien inteligible, parte de la ciencia de nuestra guía.

Sobre todo le habían impresionado las apreciaciones que los ilustres viajeros habían emitido sobre la ciudad en el transcurso de los siglos: sentía una delectación particular releendo el capítulo que el autor les había consagrado y nunca dejaba pasar la ocasión de que yo disfrutara también de él. Comoquiera que seguía siendo cándidamente soñadora y que no hacía misterio de su debilidad por las cabezas coronadas, su emoción rayaba en las lágrimas cuando llegaba a aquella reflexión, altiva y desengañada, de la reina Juana de Navarra, que lleva siglos rodando en todos los libros de historia: «Creía que era la única reina y ahora veo a cientos en derredor mío». Gracias a ella supe que Alberto Durero había admirado *La madonna de Brujas*, de Miguel Ángel, en la iglesia de Notre-Dame y que, durante una cena a la que fue invitado, había mostrado su embeleso delante de una fuente de diecinueve pies de largo colmada de peces, así como que Michelet, de viaje de bodas en nuestra ciudad, sacó tiempo para perorar ante las tumbas de Carlos *el Temerario* y María de Borgoña. En resumidas cuentas, todas ellas eran informaciones que me interesaban bastante poco y que, sin embargo, parecían apasionar a mi abuela. Yo era más sensible a las citas de los poetas, quienes se dirigían a mí sin mediación: a buen seguro, eran el anticipo de la magia que me cautivaría más adelante en el ejercicio de la escritura. Me parecía bello que, en opinión de Wordsworth, Brujas fuera como un templo cuyas calles eran sagradas. Me gustaba que Rainer Maria Rilke viera en ella «un museo de imágenes y espejismos». Me estremecía de placer saber que Barrès había visitado la ciudad «un día en que una música triste se escuchaba en el mercado de pescado».

Una vez más, ninguno de los dos sabíamos quiénes eran aquellos personajes. El *Pequeño Larousse* no se prodigaba en precisiones sobre ellos, y Rilke ni siquiera figuraba, lo cual nos entristeció un poco. Así y todo, el sortilegio de aquella frase de Barrès que un día me leyó mi abuela en el quai du Rosaire habría de quedarse grabado en mi memoria durante toda mi vida.

Dicho todo esto, mucho me temo que no saqué demasiado provecho de sus lecciones de arte e historia. Durante las semanas de nuestros paseos por Brujas mi mente se concentraba menos en lo que ella procuraba enseñarme que en el espectáculo que, por mí mismo, descubría a mi alrededor. Hasta entonces, mi infancia lugareña y mi naturaleza arisca habían hecho de mí una persona ignorante del mundo. La ebullición de las calles de la ciudad, así como el ambiente de fiesta y de teatro que aquel colorido desfile evocaba de forma tan natural, constituían para mí una novedad total. Por tanto, se comprenderá que, pese a mi gusto sincero por la cronología de los duques de Borgoña y por las etapas de la construcción de la iglesia de Notre-Dame, mostrara un mayor interés por todo aquello.

El culmen de mi placer tenía lugar los días de mercado en la Grand-Place, que

desde el alba permanecía enterrada bajo un campamento de puestos de toldos blancos y tenderetes de toda suerte. Estaban tan estrechamente enmarañados que parecían formar un único tejido inmenso, como si un fabuloso navío, tras haber izado su velamen, hubiera venido a amarrarse al pie de la atalaya aprovechando la noche. No hacía falta nada más para que mi imaginación, siempre dispuesta a prestar fe a los espejismos, admitiera que un capricho de las potestades del tiempo nos hubiera remontado a la época en que Brujas enviaba sus carabelas al mar para acoger en sus mercados todas las riquezas de Aladino.

Al principio había un rumor. Ya perceptible a la altura de la iglesia de Saint-Sauveur, aun cuando no fuera más que un murmullo que apenas arañaba la piel del silencio, iba creciendo a medida que avanzábamos por la rue des Pierres para, paulatinamente, convertirse en un susurro; un susurro que a su vez ascendía por la escala sonora hasta colmar por completo el espacio desde nuestra entrada a la plaza, a semejanza de ese abejorreo obstinado, embriagador y confuso que reina en una sala de teatro antes de levantar el telón.

Teníamos que abrimos paso a través del bullicio para penetrar en el corazón del campamento de nómadas que alzaban sus tiendas ante nosotros. A decir verdad, mi excitación no estaba exenta de preocupación: si bien el ajetreo no me daba miedo — pues incluso encontraba un cierto encanto en formar parte del tráfago general—, lo que temía era perder de vista la bolsa de la compra de mi abuela en medio de aquel laberinto de pasillos inciertos que formaban un pasaje entre las barracas. Yo la seguía lo más cerca que podía, yendo y viniendo como ella del panadero a la lechera y de la verdulera al charcutero; zambulléndome con su ejemplo en aquel abigarrado baño de aromas, colores y sonidos, del cual emanaba un júbilo inexplicable en el que ella se aventuraba sin mostrar el menor atisbo de aturdimiento.

Naturalmente, desplegaba todo el ingenio del que era capaz para entretenerme delante del mostrador del confitero, que era uno de los escasos comerciantes del mercado que poseía un letrero: había bautizado su puesto con el nombre de AUX SEPT COULEURS y había cultivado su coquetería hasta respetar incluso la escala de matices del prisma en la alternancia de los tarros de caramelos que había alineado en su escaparate, del malva oscuro de los caramelos de violeta al rojo resplandeciente de las cerezas confitadas. Todo me gustaba de aquel surtido multicolor; mas si por algo sentía una debilidad especial, era por un *berlingot* de frutas de un verde profundo moteado de oro, el cual se asemejaba a la idea que me hacía de una esmeralda. Cada vez que el azar nos conducía delante de aquella tienda de lona, intentaba persuadir a mi abuela de que lo probara conmigo, pero ella había decidido inapelablemente que las golosinas me fastidiaban el estómago y, a excepción del *berlingot* de pasta de almendras con el que puntualmente recompensaba al oyente de sus memorias, jamás me ofrecía dulce alguno. Aquél era, además, el único lugar del mercado en el que me agarraba de la mano. Yo no era tan cándido como para pensar que cedía así a un súbito arrebató de ternura: era evidente que lo hacía para apartarme de la zona de las

tentaciones.

Pasábamos, en cambio, un tiempo considerable bajo las columnas toscanas donde comerciaban los pescaderos: mientras mi abuela elegía, yo disfrutaba de todo el tiempo del mundo para contemplar, sobre el lecho de hielo donde el fresquero exponía su pesca, la sutil paleta de colores de los delicados jaspeados de las doradas, así como el rosa insistente de los salmonetes en contraste con el brillo metálico de los enormes bacalaos decapitados.

Aquel espectáculo de muerte me procuraba un placer bastante parecido al que sentía ante las irisaciones de la lluvia bajo mi bóveda de vegetación en Saint-André. Ahora bien, por lo que recuerdo, la esencia del gozo de aquel instante no se debía a esta delectación de pintor, por muy intensa que pudiera ser: el acontecimiento íntimo que me paralizaba allí, impidiéndome incitar a mi abuela a que abreviara su habitual parloteo con el pescadero, era, más que cualquier otra sensación, la voluptuosidad todavía ignota que sentía al aspirar, con la avidez del amante, el poderoso aroma de la sensual fiesta del mar a través de los vapores que, procedentes del lecho de hielo y de cuerpos inertes, comenzaban a exhalarse en forma de vaho bajo el tenue sol matutino.

Desde el mercado de pescado casi siempre regresábamos por el quai du Rosaire y el Dyver. Mi abuela tenía predilección por ese itinerario, pues le parecía muy apto para aquellas pausas destinadas a la lectura que ya he mencionado. Según su humor y el peso de su bolsa de la compra, daba la orden de que nos detuviéramos ante el palacio Gruuthuse, la iglesia de Notre-Dame o la catedral de Saint-Sauveur. Cuando su capacho no estaba demasiado cargado, solíamos llegar hasta el Béguinage. Me habría gustado que alguna que otra vez encontráramos un banco en el curso de aquel trayecto que a mí me parecía largo en exceso. Con todo, mi abuela se preocupaba poco por ese tipo de detalles: se detenía cada vez que el lugar parecía convenirle a la exposición que había decidido pronunciar, y la esquina de una fachada era para ella una tribuna tan válida como cualquier otra. Lo único de lo que a menudo se olvidaba los días de mercado era de que su folleto-breviario quedaba enterrado bajo la compra, en el fondo de su bolsa. Buena falta nos habría hecho una mano ajena que nos ayudara en su exhumación, la cual distraía agradablemente a los paseantes.

A fuerza de escucharlos leídos una y otra vez por mi compañera de paseos, quien como ya sabemos se entregaba a las virtudes pedagógicas de la repetición, me sabía de memoria algunos pasajes de su guía. Había uno que me exasperaba especialmente: se trataba de un texto de la introducción que celebraba las bondades del relato *Brujas, la muerta*, de Rodenbach. Como era de esperar, mi abuela y yo nos apresuramos a pedir prestada la novela en la biblioteca, e hice un honesto esfuerzo por leer un par de capítulos de aquel libro que no era para mi edad. Por una vez no estábamos de acuerdo en nuestras opiniones. Mientras que Thérèse-Augustine le concedía cierto encanto, a mí me parecía que lo que había leído no sólo era lacrimógeno y pomposo,



sino por completo infiel a la verdad: Brujas era para mí una ciudad ciertamente viva. Melancólica y, sin embargo, viva: los muertos no pueden estar tristes. Habría sido incapaz de entablar una discusión a este respecto, pero lo que por instinto yo admiraba era la dignidad soñadora con que la ciudad asumía el deterioro con el que la había azotado la Historia. Me parecía bello que continuara oponiendo a los estragos del tiempo la sonrisa vagamente desdeñosa que podemos ver en los labios de las santas martirizadas en los cuadros de los pintores primitivos. Aquella taciturna manera de replegarse en sí misma era, a mi parecer, mucho más elegante que todas las escandalosas revueltas de la vulgaridad.

Necesité unos cuantos años para comprender que incluso este orgullo puede no ser más que una máscara, y que el vivísimo recuerdo que la ciudad conserva de su gloria pasada está sutilmente asociado a esa forma dulcificada y civilizada de la desesperanza que se llama «nostalgia».

A los turistas rara vez les preocupa esta suerte de matices: la mayoría de las veces su curiosidad se limita al acostumbrado vistazo a los edificios ilustres, que perpetúan con aparente impasibilidad el orgullo de una gloria santificada por el tiempo. Por el contrario, aquel que se toma la molestia de llegar hasta los barrios menos frecuentados, a esa hora en la que el silencio ya sólo se ve turbado por el rumor en lontananza de la ciudad y por la campanada de una iglesia de las afueras, tendrá quizás la oportunidad de anidar, en su paseo a lo largo de un muelle circundado por aguas muertas o en el umbral de una plaza en la que dormitan algunas casas sin edad, el recuerdo desgarrador del pasado: es como un tenue flujo de música, un concierto de bruma a la luz de los candelabros que alcanza la sobrefaz del pasado, la vocalización de una vida anterior de despreocupada felicidad apenas modulada en la cortina de la memoria. A decir verdad, poca cosa; y, de hecho, precisa de un buen oído para escucharla, si bien en algunas noches privilegiadas sucede que la melodía de baile de una viola franquea siglos de silencio para, como antaño, celebrar las bodas de Brujas con el mar.

Aun sin que se me presentara la oportunidad de tal compenetración durante la época en que recorrí las calles con mi abuela, recuerdo algunos instantes, escasos, en los que tuvimos la impresión de que la ciudad estaba festejando su juventud recobrada.

Recuerdo lo profundamente que nos sorprendió una simple tormenta de verano. Fue en pleno mes de agosto, al final de una tarde de calor agobiante. En el instante en que todo comenzó, mi abuela y yo tratábamos de bordear la rue aux Laines, muy pegados a las fachadas, para llegar hasta nuestra pastelería habitual de la Grand-Place. No nos encontrábamos a más de unas decenas de metros de la bebida refrescante con la que soñábamos cuando, sin preaviso alguno, el día se encapotó bruscamente. Siguieron varios segundos de suspense absoluto. Después, todo sucedió a la vez: hubo una ráfaga de viento tan energética que el gato con botas de oro que figuraba en el letrero de la guarnicionería de al lado dio, con el terrible chirrido de la

chatarra, una vuelta completa a la ménsula a la que estaba enganchado; varios postigos restallaron; un torbellino de polvo nos golpeó el rostro, y el gorro de mi abuela voló hacia el puente de Saint-Jean-Népomucène sin ánimo de volver.

Pero el verdadero espectáculo estaba en el cielo, donde una extraordinaria primavera de colores estaba eclosionando al despuntar aquel fulgor exquisito. El sol y el viento tallaban las suntuosas nubes mediante formidables cortes de luz difusa que, en forma de palmas, caían profusamente sobre las fachadas. Incluso las más austeras, aquellas que envueltas en su rigidez gótica fingían aspecto de fortaleza, esbozaban una suerte de sonrisa. Respecto a las otras, las finas, las coquetas, las inteligentes, con sus voladizos dorados, sus galanuras de piedra alrededor de las ventanas y sus hastiales escalonados de ladrillo, que siempre me habían inspirado deseos de escalarlos, parecían prestas a comenzar un paso de danza alrededor del mercado y la atalaya.

Con la vorágine de la sobrevienta que continuaba enfilando las calles con los gruñidos de una jauría enfurecida, se produjo el desastre en los mostradores y las terrazas: fueron incontables los parasoles arrancados, las sillas estropeadas. No obstante, todo el mundo parecía tomárselo con buen humor. Incluso los paseantes que a toda costa habían decidido proseguir su camino oponiendo resistencia al viento, encorvados como por un padecimiento, con una mano sobre el vientre y la otra en el sombrero, conservaban las fuerzas para bromear llamándose de una acera a otra.

Todos parecían admitir que las contrariedades engendradas por aquellos sucesos eran meras bagatelas comparadas con el júbilo que les embargaba el alma. Observé que unos cuantos paseantes se habían quedado inmóviles con la cabeza alzada para no perderse nada de aquel ballet de clarores revoloteantes, de aquellos haces de luz que el sol, peinado por el viento, diseminaba por los tejados. Cabe añadir que la borrasca había compensado en apenas unos instantes del estupor de aquella sauna en la que la ciudad se había estado bañando desde hacía casi una semana. En suma: todo el mundo estaba muy contento.

Incluso divisamos una yunta de enormes percherones que tiraban de un carro de reparto de cerveza, el cual manifestaba a su manera la euforia que suscitaba en él aquel divertimento celestial. En el mismo instante en que atrajo nuestra atención, el vehículo estaba tratando de dar una vuelta a la Grand-Place con gran balanceo de sus barriles y botellas. Había algo que ponía de manifiesto su apetito de gloria en el paso marcial de aquellos caballos, con sus ollares alzados y sus cascos chacoloteando sobre el adoquinado; en el movimiento de las ruedas, con sus llantas de hierro; en el cencerreo de las esquilas de sus cuellos, e incluso en el estremecimiento de sus cernejas, que barrían el suelo como los penachos de los mosqueteros.

Los vimos meterse por la rue Saint-Jacques con un probado desdén hacia su cargamento y desbocados de tal manera que no sería descabellado pensar que, análogamente al carro de Apolo tal y como los pintores lo representan en los techos de los palacios del siglo XVII, se disponían a abandonar la tierra. Ya me los imaginaba

sobrevolando la rue des Baudets, caracoleando por encima de la puerta de Ostende, surcando el firmamento en dirección a la costa, muy cercana, en tanto que se orientaban merced al contorno amarillento que orlaba el horizonte hacia el Noroeste, para contemplar desde el balcón del cielo aquel espectáculo que todavía me era desconocido, pero cuya magia tan a menudo elogiaba mi abuela: una tempestad marina.

Rara vez salíamos por la noche. Sin embargo, el Vieux Bruges proyectaba de cuando en cuando alguna película para todos los públicos que despertaba el interés de Thérèse-Augustine. Yo siempre estaba muy atento al anuncio de su programación.

El establecimiento presentaba la particularidad de ser una suerte de cine-café donde se servían bebidas a los espectadores durante la sesión. Un pianista, que recibía al entrar unos distraídos aplausos de cortesía, acompañaba la proyección de la película con un piano vertical colocado en un rincón del escenario. Saboreábamos nuestro chocolate o nuestra granadina en medio del jovial desorden y el tintineo de los vasos entrechocándose mientras, en la penumbra, observábamos la endeble silueta de Charlot.

Eso sí, a juicio de mi abuela, la velada sólo era verdaderamente perfecta en tanto en cuanto la pantalla le ofreciera la sonrisa fatal de Ivan Mosjoukine o la máscara impasible de Sessue Hayakawa. Se reencontraba entonces con las emociones de la primavera de su vida, derramaba auténticas lágrimas ante las desgracias de la heroína, y la angustia le encogía el corazón si el caballero blanco tardaba en socorrerla.

Con nuestra imaginación vapuleada por las imágenes, mas con el alma al fin tranquila, cuando salíamos de la sala en los días más largos del verano perduraba en el cielo un resto de claridad azul salpicada de rosa. So pretexto de brindar un último saludo a la atalaya —aunque en realidad de lo que se trataba era de alargar el camino—, le suplicaba a mi abuela que retornáramos vía la Grand-Place. La verdad es que aquel regreso a casa tras el cine —yo insistía siempre en que fuéramos a la sesión vespertina— era la única ocasión que se me ofrecía para descubrir el rostro nocturno de la ciudad y su metamorfosis bajo el influjo de las luces.

Cuando nos mezclábamos en la marea de curiosos que ocupaban la rue des Pierres, me invadía el insólito sentimiento de apenas reconocer aquel trayecto que me era tan familiar. Tiendas cuya existencia jamás había advertido —debí de pasar frente a ellas veinte veces sin darme cuenta— centelleaban ahora con todas las luces de sus escaparates. Aquí y allá veía gente reuniéndose y arremolinándose ante el resplandor de los letreros luminosos. Habían desaparecido el ajetreo y la concentración que durante el día a menudo se apoderaban de sus rostros. En esos momentos, sólo podía leer en aquellos semblantes relajados una exultación apacible y cómplice, como si la fraternidad de la noche favoreciera la eclosión de una compenetración general a la hora de celebrar el esparcimiento.

Mi abuela, que en lo esencial se había mantenido fiel a las ideas izquierdistas de su juventud, detestaba las tiendas de lujo. En cambio, a mí me fascinaban en la medida en que simbolizaban el desconcertante universo de la tentación de los adultos. Me dejaba seducir por la atmósfera de silenciosa dignidad que incita al eventual cliente a bajar la voz desde el instante en que, una vez franqueada la puerta, su paso descubre sobre la moqueta, súbita sustituta del pavimento de las calles, esa desenvoltura amortiguada que jamás ha practicado salvo en sueños. Yo admiraba, sin descubrir en ello sus trampas, el hábil acondicionamiento de aquellos espacios — cubiertos de pieles, terciopelos y maderas preciosas— donde no hay objeto que no esté destinado a idealizar la concepción que una cierta civilización urbana se hace del fasto distinguido.

Encontraba maravilloso, por ejemplo, pasearme libremente entre todas aquellas riquezas sin que me interrogaran acerca de mis intenciones. Al contrario, me sorprendía al ver que bastaba que un cierto brillo iluminara los ojos de mi abuela — supongo que existe un código destinado a los iniciados— para que una duquesa de veinte años, quien a ojos vistas no aspiraba a nada más que a ofrecerme su corazón, avanzara hacia nuestro encuentro zarandeando graciosamente su falda, lo cual evocaba en mi imaginación extasiada el crujido de los juncos cuando un cisne los atraviesa. Invisible hasta hacía apenas un instante, entre los espejos de pie y los maniquíes de cera engalanados con extravagantes vestidos que son los habitantes naturales de su feudo, hela aquí sonriéndonos como en un teatro, preocupándose por aquello que podría complacernos. ¿Cómo no enamorarse de ella en aquel preciso instante?

Incluso si a las once de la noche ya hacía largo rato que las diosas habían desertado de su Olimpo de lucro, disfrutaba entreteniéndome en los escaparates donde, bajo las luces, habían abandonado parte de los atributos de su seducción. Era menester, para arrancarme de ellos, que mi abuela apresurara el paso invocando lo tardío de la hora, lo largo del trayecto y lo necesario que era para mí irme a la cama. Cierto era que todavía estábamos bastante lejos de casa, y que comenzaba a apoderarse de mí esa ligera embriaguez que acompaña al incipiente cansancio.

Una vez pasada la inmensa place de la Gare, las luces iban siendo cada vez más exiguas en la rue du Maréchal; si bien era a partir de la Porte y del puente levadizo que atravesaba el canal cuando nos adentrábamos en la noche cerrada. Los únicos puntos luminosos que centelleaban en la oscuridad a una cierta distancia eran los escasos faroles que jalonaban la entrada de la chaussée de Ghistelles. Irradiaban un débil resplandor de un amarillo sucio que tornaba la noche aún más espesa y profunda. Cada vez que durante nuestro regreso a casa llegábamos a ese punto, estremecido por la angustia pensaba: «Aún queda lo más peligroso». Entonces mi abuela me cogía de la mano y aceleraba el paso: no debía de estar mucho más serena que yo. Atravesábamos el silencio de la noche sin decir una palabra, medio andando, medio corriendo, la mirada al acecho, hasta la verja del condominio, a la que por fin

llegábamos algo jadeantes, aliviados y no demasiado orgullosos de nosotros mismos.

Al leer este relato, en el que ella tan a menudo ocupa el primer plano de la escena, uno podría imaginarse que pasaba la mayor parte del tiempo con mi abuela. Ya he señalado que nada más lejos de esto. En realidad, la veía poco durante el tiempo que nos quedábamos en su casa.

Casi nunca desayunábamos juntos porque ella solía levantarse mucho antes que yo. Cuando bajaba en pijama, con los ojos aún hinchados por el sueño y, la mayoría de las veces, con un humor de perros, la hallaba en la cocina, vestida, peinada, impecable, feliz. Estoy convencido de que ni durante un segundo se le pasaba por la cabeza que su ejemplo pudiera servirme de lección: se trataba simplemente de su manera de estar en paz consigo misma.

Sea como fuere, solía estar demasiado dormido como para mantener la menor de las conversaciones. Una vez que me había tomado el desayuno en el más adusto de los silencios, despachaba mis deberes vacacionales tan decentemente como me era posible —punto este que ella nunca pasaba por alto— y desaparecía en el jardín.

Hijo único, me había acostumbrado muy pronto a no contar fuera del colegio con otro compañero que no fuera yo mismo y, acuciado por la necesidad, me había resignado a ser el único interlocutor en mis diálogos con el prójimo. Por tanto, la soledad me había habituado progresivamente a organizar una comunidad en estado de perpetua indivisión con los múltiples personajes de mis sueños. La pericia que, durante todas las vacaciones, había adquirido a este respecto me permitía, por momentos, transformarme de acuerdo con las necesidades de un espectáculo permanente del cual era al tiempo el autor, el director, el reparto al completo y el público: Robinson y el capitán Corcorán, John Silver y Simbad el Marino, el mosquetero Athos y el conde Roldán, Robin de los Bosques y el capitán Nemo. Igualmente, podía ser Viernes o Sherezade cuando era preciso, sin tener en cuenta todo lo que la credibilidad de la representación reclamaba de filibusteros y visires, de espadachines y escuderos, de mensajeros e infantes. En pocas palabras: sin rival e incondicionalmente, yo era el príncipe de mis deseos, y cada nueva lectura me brindaba la ocasión de construirme un reino más en mi imaginación.

Ya he citado entre mis refugios favoritos la red de senderos dispuestos en el sotobosque, los cuales se extendían entre la verja de entrada del condominio y el portillo verde manzana de nuestro jardín. Con mucho, prefería aquella logia de vegetación que compartía con Alcibiade —el gato de nuestros vecinos, que, de vez en cuando, aceptaba amablemente interpretar el papel del tigre del capitán Corcorán— a la gran morera del césped, cuya sencilla escalada ofrecía no pocas ventajas, pero que por sí misma apenas si podía representar la impenetrable inmensidad de la selva ecuatoriana.

Todavía tenía otro terreno más de aventuras cuya propia naturaleza lo reservaba para las misiones desesperadas. No me aventuraba en él sino en aquellos escasísimos días en que, empujado por alguna fiebre heroica, estimaba que una camisa maculada o un pantalón desgarrado no constituían un precio excesivo para liberar a mi

prometida, tomada como rehén en el fortín de los piratas, el cual no era más que un profundo foso que separaba el fondo de nuestro jardín de un huerto de patatas cuyo agricultor era, sin que jamás llegara a saber el motivo, el enemigo íntimo de mi abuela. Invadida por cardos y malas hierbas, salpicada de madrigueras, surcada por un arroyuelo que a lo largo de todo el verano mantenía una ardiente hediondez de podredumbre vegetal y un poso de fango amarillento que los mosquitos apreciaban sobre todo al final del día, yo había bautizado aquella fosa con el nombre de «pasaje de la muerte», en recuerdo de los aterradores relatos de la guerra de trincheras de la que, en ocasiones, había escuchado hablar. Sinceramente convencido de que se trataba del reino de los cénzalos, de los helechos urticantes y de las pitones gigantes, me aventuraba a adentrarme en él sólo tras haber sacrificado mi vida y jamás sin estar provisto de un cuchillo de cortar el pan perteneciente a mi abuela que, en teoría, me serviría como machete y arma arrojadiza. Por más que en varias ocasiones invité a Alcibiade a que me acompañara, jamás consintió en hacerlo. Cuando hoy pienso en que me pasaba buena parte del día evitando ortigas, embozado en el barro hasta la nariz, con la nuca abrasada por el sol y atento a no hacer ningún ruido para no atraer la atención de los centinelas enemigos, creo que no lo hacía fuera de razón. Objetivamente, todo aquello resultaba extenuante.

El desván de la casa era también uno de mis lugares favoritos de retiro. Durante mis vagabundeos por el jardín había descubierto los dos tragaluces habilitados en las vertientes del tejado y me había preguntado si, desde allí arriba, podría vislumbrar las torres de Brujas. Asimismo, en mi fuero interno albergaba —pese a que apenas me atreviera a confesármelo— una cierta esperanza, leve, infantil y absurda, aunque tenaz, acerca del mar. Mis clases de geografía me habían enseñado que Brujas se encontraba a una docena de kilómetros de la costa. Lejos de negar que era demasiada la distancia, me obstinaba en oponer a los rigores de la evidencia un argumento en favor de mi sueño: la casa orientaba sus vistas hacia el Noroeste. A lo largo de varios centenares de metros se extendían pastos y huertos; en particular, los del enemigo de mi abuela. De todas formas, quería comprobar si mi intuición me fallaba o no. Además, aun cuando no llegara a distinguir el mar, al menos sí entrevería sus aledaños, adivinaría su inminencia y tendría atisbos de su magnitud. Los gaviros, que en las novelas de aventuras que eran mi pábulo habitual oteaban desde las alturas de la cofa el acercamiento de la tierra, poseían todo un código de señales que les revelaba su proximidad antes de que fuera realmente visible: el paso de las aves, cierto aroma a hierba en la brisa, la forma de una nube en el horizonte. Por una vez, me encontraría en la situación inversa: no era la tierra, sino el mar, lo que soñaba descubrir. ¿Acaso recibiría yo también una señal?

Por tanto, a diferencia de lo que suele suceder con la mayoría de los niños de mi edad, no fue la curiosidad por aquello que encontraría en el desván lo que me condujo hasta él, sino la imaginación de un paisaje que, a buen seguro, sólo contemplaría en sueños.

Puesto que temía una negativa por parte de mi abuela, quien en el mejor de los casos me habría dicho que esperara hasta la siguiente tormenta —«¡No se encierra uno en un desván agobiante cuando hace tan bueno fuera!»—, saqué partido de una de sus raras ausencias para subir por la estrecha escalera que conducía hacia los altillos. Confieso que estaba intranquilo: la percepción de estar infringiendo una prohibición tácita, la aprehensión de penetrar a escondidas en un terreno ignoto —ya que jamás había pasado del rellano del primer piso—, el crujido de los escalones resonando siniestramente en la casa vacía, todo esto hacía que me palpitara el corazón.

Como había presentido, fui acogido bajo las tejas con un calor de verdadero horno. Con todo, la sensación de agobio era menos desagradable que el olor que reinaba en la estancia: una suerte de tufo dulzón en el que la acritud del polvo confinado se mezclaba con el aroma seco de las vigas recalentadas por el sol.

El desván no era más que un vasto espacio diáfano donde mis abuelos habían acumulado los trastos de las doce o trece mudanzas que la Sociedad de Ferrocarriles les había impuesto a lo largo de la vida profesional de mi abuelo.

Un chamarilero podría haber abastecido su puesto tomando los objetos de toda suerte allí hacinados en pilas que alcanzaban la altura de los cabrios. Se podía encontrar prácticamente cualquier cosa: un surtido de maletas atiborradas de ropas destinadas a todas las edades posibles; dos baúles desbordantes de telas, manteles agujereados, cortinas descoloridas; varias cajas de sombreros; una caja con una vajilla desaparejada; una cuna de mimbre; un cuadro de bicicleta, y una colección entera de muebles en desuso entre los cuales me llamaron la atención una cómoda con los pies rotos, bastante bonita; un sillón cuyos muelles habían agujereado el terciopelo; y, bajo un globo de vidrio aparentemente intacto, un péndulo de cobre que había perdido sus agujas.

En vista de que siempre andaba en continua busca de elementos decorativos susceptibles de aportar alguna variedad a mi vida aventurera, me prometí consagrar un atento examen a aquel cúmulo de antiguallas: tal vez hubiera allí una mina de hallazgos interesantes.

La claraboya cuyo emplazamiento había identificado se hallaba más alta de lo que había creído; si bien, subiéndome sobre la caja de la vajilla, cuya tapa me pareció capaz de soportar mi peso, logré hacerme con un puesto de vigía más que decente.

No me hacía muchas ilusiones. La abundancia de vegetación en los jardines que nos rodeaban por la parte este era desalentadora; e incluso si la altura de los árboles seguía siendo modesta, su proximidad comprometía toda esperanza seria de atisbar la ciudad. Pero la fortuna vino en mi ayuda. Justo en el eje del lucernario, un breve claro de la floresta me ofreció el espectáculo de tres torres reunidas cual racimo: Saint-Sauveur, la más imponente, se alzaba en el centro precediendo ligeramente a Notre-Dame, más altiva, más espigada y más fina; mientras que el campanile octogonal de la atalaya aparecía a la izquierda, un poco en segundo plano. Me habría gustado



divisar la marejada de los tejados bajo aquella imponente arboladura que, merced a su gris suave, contrastaba con el azul del cielo de la tarde; sin embargo, la ciudad permanecía oculta tras los árboles y las casas vecinas, quedando visibles únicamente los remates de las tres torres.

Así las cosas, la escotadura azulada hundida en el verde profundo del follaje se veía con la misma nitidez que si se tratara de la pieza separada de un rompecabezas. Reprochándome no haber prestado un interés suficiente a sus palabras, pensaba en que, unas semanas antes, durante una visita al museo municipal, mi abuela había llamado mi atención sobre la delicadeza con la que los pintores primitivos detallaban los paisajes, a menudo minúsculos, que tachonaban el fondo de sus cuadros. Me había mencionado el ejemplo de *El matrimonio místico de santa Catalina*, una de las pinturas de Memling que alberga el hospital de Saint-Jean, así como aquel otro de Gérard David, *El bautismo de Cristo*, en el que, entre la columna del Espíritu Santo y la mano del Bautista, se vislumbra la ciudad con su cortejo de campanarios.

Curiosamente, al contemplar a través del cristal de aquel estuoso tragaluz el motivo de las tres torres agrupadas, formando un haz de composición tan perfecta que parecía concertada, tenía la impresión de hallar aquella misma minuciosidad amorosa en el tratamiento de las arquitecturas en lontananza, como si, en conformidad con una justicia póstuma que además hubiera constreñido a la realidad a imitar al arte, la ciudad donde Memling había erigido su obra se hubiera empeñado, cuatro siglos después de su muerte, en ofrecer a su memoria una imagen de sí misma inspirada en el estilo del pintor.

No pretendo afirmar que aquella tarde, cuando tenía once años, imaginé todo esto sobre mi caja de la vajilla. Puede que aquel día limitara mi análisis a un juicio sumario del tipo: «¡Es idéntica a la del cuadro!», mas esto no impidió que la visión que me acababa de ser concedida alertara mi sensibilidad en lo más profundo, pues un arrebato de gratitud y de amor colmó de pronto mi corazón al pensar en mi abuela.

Sin llegar a acariciar la idea de que estaba en deuda con ella por aquella felicidad que, ante la perfecta obra de arte que el conjunto de las torres sugería en mi espíritu, hacía que las lágrimas asomasen a mis ojos, creo que vagamente le estaba agradecido por entreabrirme las puertas de aquel mundo maravilloso cuya existencia comenzaba a adivinar más allá de las apariencias, así como por comportarse conmigo a la manera de las hadas buenas de mi más tierna infancia, quienes siempre concedían una oportunidad a los milagros.

En un primer momento, mi empresa no obtuvo un éxito tan brillante desde la otra vertiente del tejado. Evidentemente, no pude divisar el mar por más que fondeé aquellas fértiles tierras que se extendían hacia el Norte: en vano planeó mi mirada sobre los pastos y los terrenos cultivados sin poder fijarse en otra cosa que no fuera una granja o un campanario. Hasta extenuar mi vista, me esforcé en seguir el trazo negro de los caminos que convergían en la costa inclinando sus largas alamedas oblicuas bajo el hálito milenario de la mar prometida; así y todo, su trazado siempre

acababa perdiéndose en lontananza, en la bruma de un calor que anulaba el paisaje.

Lo que, sin embargo, descubrí en el corazón del inmenso cielo azul, posado como una cubierta sobre el damero de acequias que proliferaban en aquella vastedad, fue una cadena de nubes admirables, preñadas, de un blanco níveo y lechosas como los senos de una nodriza, que dirigían su cordillera a la deriva con la lentitud majestuosa de una escuadra maniobrando. Había rogado una señal, y el cielo me brindaba un cortejo real. Decidí considerar aquel solemne desfile como una invitación: le pediría a Thérèse-Augustine que un día me iniciara en las bondades de la mar.

Aquella primera visita al desván fue seguida de otras tantas, que se produjeron fuera de toda clandestinidad, con la complicidad de la lluvia y el consentimiento de mi abuela.

Los hallazgos que allí hice colmaron mis esperanzas: mi avidez de saqueador de tumbas se vio satisfecha; mas fue la exploración que me movió a entregarme al corazón de aquel cúmulo de objetos dispares la que, a su vez, me condujo a otro descubrimiento cuyos pormenores no puedo dejar de describir.

Bajo dos maletas cargadas de telas, hallé una caja de cartón que contenía una muñeca descabezada; varias barajas de cartas incompletas; una docena de novelas polvorientas cuyas encuadernaciones en rústica estaban extenuadas por las múltiples lecturas; así como varios números de *La Vie parisienne*, donde preciosas jovencitas de pelo corto y sonrisa bobalicona levantaban mucho las piernas luciendo, como único atavío, un penacho y unas cuantas lentejuelas aquí y allá. Los autores de los libros me eran tan desconocidos como los títulos de los mismos. Recuerdo que estaban *Las aventuras del rey Pausole* y *Afrodita*, de Pierre Louÿs; *Una amante antigua*, de Barbey d'Aurevilly; dos o tres volúmenes de Zola, entre ellos *Nana*, y algunos otros con vocación resueltamente libertina.

Si mi instinto de lector no me hubiera insuflado la idea de hojearlos, pese a la capa de polvo que tornaba tan desagradable su manejo, es probable que mi ingenuidad me hubiera incitado a descender, a toda velocidad, por las escaleras para mostrarme orgulloso de aquel descubrimiento ante mi abuela. ¿Quién sabe si, tras haberlos remendado un poco, no le habría llegado a sugerir que los colocásemos en la estantería del salón, al lado de las *Fábulas* de La Fontaine y de *La leyenda de los siglos*?

¿Es preciso insistir en que aquellos parvos minutos de febril desciframiento en la penumbra tórrida del desván se quedaron grabados en mi memoria? Me recuerdo de rodillas en el suelo, pasando las hojas al azar, saltando a tientas de un volumen a otro, recolectando frases de aquí y de allá...

Unos momentos antes, aquellas desnudeces emplumadas de *La Vie parisienne* me habían dejado frío: las encontraba ridículas, sin más. No me pasó lo mismo con lo que leí en aquellos libros: antes bien, por mediocres que fueran la inspiración o el

estilo de algunas de las representaciones imaginarias del amor por los cuerpos que descubría en sus páginas, ejercían en mi mente, por la sola gracia de los poderes de la invención literaria, una fuerza evocadora infinitamente más eficaz que las provocativas desvergüenzas de la revista.

A todas luces, era demasiado joven como para sentir una turbación comparable a la que, sin duda, mi abuelo, quien apenas solía leer, habría buscado procurándose aquellos libros; pero, a fuerza de sufrir así, con la brutalidad de una revelación, las meticulosas evocaciones de una realidad vagamente presentida, a la que, sin embargo, yo no había concedido hasta entonces ningún pensamiento consciente, me encontraba tan perdido que la sangre se me subió a las mejillas, viéndome obligado a cesar mi lectura de tan rápido como me latía el corazón.

En el lapso de un instante, me pregunté si mi abuela tendría conocimiento de la presencia de aquellos libros en su desván. Era visible que no habían sido abiertos desde hacía mucho tiempo. Alimenté la esperanza de que, al menos, se hubiera olvidado de su existencia.

No fue hasta muchos años después cuando, sin desagrado, abrigué la idea de que acaso mis abuelos los habían descubierto juntos.

Estábamos en el postre. La luz del sol dejaba unos bonitos reflejos en los cristales.

—He alquilado dos bicicletas —dijo mi abuela.

Mentalmente, dediqué una pequeña reverencia a Thérèse-Augustine: una vez más, me había ganado en rapidez. Justo la víspera había expresado mi deseo de hacer una escapada al mar; y no sólo había bastado una noche para que mi sueño se convirtiera en su designio, sino que, además, ella lo había dotado del espíritu que le faltaba. Adocenado, yo había imaginado que tomaríamos el tren. En unas palabras: mi abuela acababa de transformar nuestra escapada en una aventura.

Quedaba la fecha... Para que no pudieran tachar mi comportamiento de impaciencia pueril, tuve la prudencia de dejar la cuestión sin concretar.

—Si no tienes otro plan —me dijo mi abuela saboreando una fresa con nata—, partiremos mañana.

Yo no tenía otro plan.

Creo que apenas dormí aquella noche. Tengo el recuerdo de haberme pasado las horas dando vueltas en la cama, excitado como un monicaco, inseguro de mis dotes de ciclista, inquieto por todo; temiendo un aguacero, un accidente, el fin del mundo, la envidia de los dioses. Al despuntar el alba, incluso escuché —cosa que nunca me pasaba— el reverberante timbre del despertador en la habitación de mi abuela. Por supuesto, ya estaba despierto antes de la hora, desocupado, demandante, inoportuno a fuerza de querer ser útil, ofreciéndome a hacer veinte favores de todo punto innecesarios y sin conseguir, a fin de cuentas, otra cosa que ponerme completamente insoportable.

Thérèse-Augustine tuvo la sensatez de enviarme a oler el rocío del jardín para brindarme la ocasión de que conociera esa aurora de la que tan a menudo hablaban en sus novelas mis escritores favoritos. Me aventuré a dar un par de pasos en la alameda. Varios mantos de bruma flotaban entre los rosales. La morera dormitaba aún bajo un cielo apizarrado que lentamente comenzaba a azulear. El aire exhalaba un delicioso aroma a hierba mojada. Me sentí algo más tranquilo: el día prometía ser bello.

A punto de emprender nuestra ruta, nos recuerdo en el paseo arbolado que conducía a la entrada del condominio. Mi abuela, a quien correspondía la responsabilidad de abrir el camino, se colocó dos pasos por delante de mí. Sacó por última vez el mapa Michelin del bolsillo de su chaqueta para verificar el trayecto que íbamos a seguir: estoy convencido de que se lo sabía de memoria, si bien no le disgustaba una cierta puesta en escena y, además, sabía cuánto me complacía imaginar toda suerte de peligros.

Al fin, alzó su mano derecha y clamó a los ecos de los jardines somnolientos:

—¡Que sea lo que Dios quiera!

Fue así como comenzó nuestra expedición en la silenciosa solemnidad de la mañana.

Tanto por placer como por prudencia, nuestro itinerario evitaba las rutas principales para tomar tan sólo estrechas calzadas bordeadas por sauces, donde

apenas si nos arriesgábamos a encontrarnos con otro tráfico que no fuera el del acarreo de las granjas. La moneda tenía, con todo, su cruz: la mayoría de aquellos caminos debían de haber sido adoquinados en tiempos de mis tatarabuelos, con lo que nos vimos allí tan tremendamente sacudidos como los ciclistas que afrontan el «infierno del Norte»<sup>[7]</sup> en la carrera de París-Roubaix. El truco estaba en mantener la bicicleta en equilibrio sobre una delgada y alargada elevación del terreno, que estaba flanqueada por dos ribazos de hierba que separaban la calzada del canal. Se precisaba algo de destreza y costumbre, cualidades que había adquirido a fuerza de correr por el campo que rodeaba mi pueblo. Mi abuela, por el contrario, no estaba habituada a este ejercicio. Un par de veces la vi corriendo el riesgo de caerse, lo cual la llevó, en definitiva, a preferir la incomodidad de los adoquines frente a una caída en la cuneta.

Por momentos, el lecho de nuestra ruta se reducía, además, a un simple terraplén tallado en forma de talud que hacía las veces de dique en el corazón del damero de acequias, lo cual nos procuraba la sensación, bastante embriagadora, de circular por el agua, en medio de las bandadas de patos y avefrías moñudas que el triquitraque de nuestras ruedas hacía brotar de los campos. A cierta distancia, tuvimos asimismo el placer de saludar a una garza plantada sobre una de sus patas en medio de las aguas: ni siquiera se dignó alzar el vuelo al acercarnos.

De vez en cuando, me ponía de pie sobre los pedales, con la esperanza de ser el primero en descubrir en la línea del horizonte el ribete ambarino de las dunas. Había albergado la esperanza de que la ruta principal que unía Ostende con Brujas, cuyo trazado había localizado en el mapa y acabábamos de atravesar, marcaría una frontera en la tierra y que, más allá de la delgada cortina de álamos que recorría la llanura de los pólderes, entraríamos verdaderamente en la antecámara del mar. No obstante, el paisaje varió poco: bajo aquel inmenso y callado cielo que algunas nubes doraban aquí y allá con sus áureos penachos, aquélla seguía siendo la misma extensión de tierras cultivadas, la misma retahíla de pastos moteados de bosquecillos que protegían de las inclemencias del viento a las granjas bajas de postigos azules, flanqueadas por sus establos y graneros colmados de heno.

Creo que «sentí» el mar con el olfato antes de distinguirlo con la vista. No había olvidado que, durante nuestras excursiones en coche hacia la costa, mi padre tenía la costumbre de entreabrir la ventanilla unos kilómetros después de abandonar Brujas, para enunciar, con la seguridad sentenciosa de un experto: «Ya se siente el olor a sal». Hacía ya un rato que no me privaba de aspirar sin resultado perceptible aquel aire preñado de esperanza, casi desconsolado por tener un olfato menos agudo que el suyo, cuando, de pronto, sin que el paisaje se transformara, algo cambió en el universo.

Fue la atención de mi abuela la primera en alertarse:

—¡Mira el color del canal! —me dijo.

El estupor átono de aquel plomizo sendero acuoso que bordeaba nuestro camino parecía estar iniciándose en los mudadizos juegos de la vida. Con sorpresa, descubrí

que un tremor de irisaciones dibujaba ahora en su superficie todo un alfabeto de tornasoles narrativos de una fastuosa expresividad, como si, a fuerza de reverberar en el espejo del firmamento, el mar llegara, por afinidad, a prodigar una parte de sus reflejos a aquellas aguas cautivas de las tierras próximas.

Recobramos la conciencia en el mismo instante en que se produjo en el equilibrio de la luz un acontecimiento para el cual no existe nombre en el lenguaje humano. ¿Se debió a una elevación casi inapreciable de su intensidad, a algún juego de las nubes con el sol? A medida que nos acercábamos a la costa y que la creciente vivacidad de la brisa nos dejaba presentir más, con cada giro de nuestras ruedas, la proximidad de aquella extensión, la atmósfera se iba adornando de una suerte de fulgores jubilosos: parecía que el cielo también había decidido festejar aquel día en nuestro honor. Ni yo mismo, desde el momento en que los signos habían comenzado a multiplicarse, lograba dominar mi excitación.

Recorrí los últimos cientos de metros como sumido en un sueño. De repente, nuestro sendero campestre, con las praderas que emergían de él, se dio de bruces con un cordón de dunas cubiertas de pinos. Nuestras ruedas se hundieron en los primeros médanos de arena que festoneaban el camino.

—¡Venga! —exclamó mi abuela.

Escalé corriendo el montículo más cercano. Antes de coronar su cumbre, una escotadura entre dos colinas desplegó ante mis ojos, a la manera de un abanico que se abre súbitamente en la mano de un dios, la inmensa corriente de un áureo azul grisáceo y levemente nacarino que rielaba bajo el sol hasta el horizonte.

El tiempo se desliza sobre aquellas alegrías sin alterarlas. Ahora, entrado ya en el último tercio de mi vida, siempre es el recuerdo de aquel instante de gracia lo que encuentro cuando me interrogo sobre mi amor por el mar.

Tras el calor de aquella carrera bajo el sol, recibimos cual baño de delicias el frescor que reinaba bajo los árboles. Establecí mi campamento provisional en una cavidad arenosa cercada de barrones, a la sombra de un grupo de pinos que dominaban la duna. Habíamos llegado hasta la costa, a una docena de kilómetros de Ostende, en una región alejada de toda habitanza, por lo que la playa que se extendía ante nosotros estaba casi desierta. Pero a varios centenares de metros, a nuestra izquierda, divisamos las primeras casas de Le Coq, donde había pasado algún tiempo con mis padres. Desde nuestro observatorio, descubrimos la hilera de casetas de rayas azules y blancas, un sembrado de hamacas de playa dispersas entre los lienzos multicolores, así como un frenesí de cometas, de niños jugando y de globos lanzados al cielo en el fulgor de la mañana. Varias decenas de bañistas afrontaban el asalto de las olas sobre los caireles salvajes y brillantes de la marea. A despecho de la lejanía, aquel embriagador y feliz rumor, tan característico de las vacaciones al borde del mar, llegaba hasta nosotros a bocanadas merced a los movimientos de la brisa: me bastaba

cerrar los ojos para aislar, en medio de aquel susurro, los agudos gritos de las niñas bañándose, los toques de trompa de los monitores de natación, ceñidos por tablas de corcho, y las llamadas de los vendedores ambulantes, los cuales exhibían sobre el vientre su tenderete de pasteles espolvoreados con azúcar blanco.

Conforme a las reglas de un juego inmemorial, la intensidad del rumor no cesó de aumentar con la marea creciente. Los veraneantes, hacinados en un espacio de arena cada vez más pequeño, multiplicaban sus ademanes de huir a la desbandada, en una comedia destinada a ocultar el encanto que encontraban en aquella diversión que rompía la rutina de sus mañanas: se escuchaban los restallidos de las tumbonas desplazadas de prisa y corriendo, y los grititos de pavor entrecortados por las risas. Fue el tono más vivo que, ante el fulgido acercamiento de las aguas, tomaba la luz lo que acabó convenciéndome de que no podría resistirme durante mucho más tiempo a la tentación de entregarme, yo también, a aquella fiesta que se me brindaba a la vista.

—Encontrarás tu bañador en la alforja —dijo en voz baja mi abuela.

Me lancé al mar pisoteando la arena ardiente y blanda con torpes zancadas, orgulloso de recorrer mi trozo de playa a la manera de los náufragos de mis libros, quienes acostumbraban a celebrar mediante un baño ritual la toma de posesión de su isla. No me disgustaba festejar apartado de la muchedumbre mi reencuentro con los placeres de la primera infancia, cuando, no estando autorizado a bañarme más que al límite de la marea, me esforzaba, con todo mi cuerpo, tumbado boca abajo, haciendo fuerza con pies y manos contra mi lecho de arena guarnecido de espuma, por resistir la succión del reflujo y el deslizamiento impúdico del agua, la cual retrocedía acariciándome con una dulzura cuya memoria jamás he perdido.

Cuando volví a nuestro refugio de las dunas, descubrí que mi abuela se había quedado dormida. Me tendí al sol no lejos de ella y también yo cerré los ojos, del mismo modo en que me esmeraba en cerrarlos durante la prescripción materna de ociosidad obligatoria tras el baño. Un minuto. Una hora... El tiempo ya no existe. Una vez más, al igual que las cartas de una baraja, el sueño mezcla los años: cerca de mí oigo, como un gorjeo de locuacidades boscosas, el cotorreo alborotado de mis amiguitas de la caseta vecina regentando su tienda de flores de papel. Están sentadas delante de su mostrador de arena, guarnecido con molinillos con aspas de celuloide, y parecen muy ocupadas examinando su receta de marisco del día. No me irrita este balbuceo que me cerca en su isla en medio del rumor y, saboreando ese delicioso estar tumbado con mi cuerpo cubierto de arena seca, me abandono al placer del aburrimiento divino, de las horas que transcurren sin objetivo, sin juegos, sin planes, sin travesías...

Cuando me desperté, mi abuela se afanaba poniendo la mesa para nuestra comida: un mantelito de cretona encantadoramente dispuesto entre dos matas de barrones. Tal y como esperaba, había preparado un *picnic* de fiesta para celebrar nuestra escapada:

*quiche lorraine*, tomates, pollo frío, apio rallado con salsa de mostaza y tres pastelillos rellenos de café. Yo tenía un hambre canina.

Al volver la mirada hacia la playa, observé que durante mi letargo se había vaciado de buena parte del pelotón que una hora antes la animaba. La mayoría de los veraneantes debía de haber llegado ya a sus villas u hoteles para comer en familia. La estrecha franja de arena amarrada al mar, en la que había transcurrido la representación que me había entretenido a última hora de la mañana, parecía ahora tan abandonada como una sala de teatro durante el entreacto. Con sus casetas —cuyas puertas estaban ahora cerradas—, sus hamacas vacías, su banderín —que continuaba flotando en el asta central de la playa—, y hasta aquel globo rojo y verde —perfectamente visible desde el lugar donde me encontraba y que parecía haber sido abandonado a propósito, igual que un elemento de utilería teatral llamado a servir todavía durante la segunda parte del espectáculo—, la playa ofrecía la apariencia de un espacio que provisionalmente se hubiera entregado al sueño a petición de los hombres.

Aquella sensación de intermedio, de pausa programada hasta el último detalle, se veía confirmada por el cuidado con el que los encargados de la playa se esforzaban por reparar el desorden habitual en los lugares en los que la vida acaba de interrumpirse de pronto: un mozo de baños, vestido de blanco y atezado como un negro, recolocaba la hilera de hamacas, recogía los papeles abandonados y limpiaba la arena acumulada en los tablones del camino de acceso a la escalera del malecón. Hacía su trabajo con una indolencia desenvuelta e inspirada que atestiguaba su larga práctica en aquellas chapuzas, y como estaba prácticamente solo en la playa, y probablemente no se imaginaba que a nadie pudiera ocurrírsele estar observándolo, se regodeaba poniendo algo de gracia en sus gestos: iba y venía sobre la arena a la manera de un bailarín que hubiera decidido ensayar bajo el sol de aquella tarde los pasos de un ballet cuyo argumento había concebido él mismo. Por ejemplo, a imitación del esgrimidor que combate contra un enemigo imaginario, lo vi irse a fondo tirando estocadas a las tumbonas con su espetón, e incluso lo observé esbozando trenzados de bellísima factura, al tiempo que apretaba la escoba de juncos contra su pecho, como si estuviera estrechando a su pareja de ballet durante un *pas de deux*<sup>[8]</sup> especialmente apasionado. En cualquier caso, realizó su trabajo tan a conciencia que, en menos de un cuarto de hora, todo estuvo de nuevo en orden: la escena estaba lista para acoger a los actores de una nueva representación.

Hacía un rato que la marea había comenzado a descender. A ojos vistas, un ribete de oro mojado se extendía bordeando el terreno reservado para las casetas y las tumbonas, aquel sable ardiente, seco y suave donde el creciente del mar casi nunca arribaba. Toda una faja de arena nueva, lisa y sedosa como una piel desnuda, tan virgen como en la aurora de la Creación, pronto renacería inefablemente del mar. Abandonado por la bajamar, un tesoro de conchas, estrellas de mar y cangrejos minúsculos poblaría nuevamente la playa.



Thérèse-Augustine se dio cuenta de que no podía estarme quieto:

—Es la hora del paseo —me dijo—. Pero tenemos que buscar un lugar donde guardar nuestras bicis...

A la entrada del pueblo, frente a la pequeña estación de tranvías de Le Coq, idéntica a la casa de las afueras que ilustraba la tapa de mi juego de construcción, mi abuela me invitó a una granadina en la terraza del hotel Belle Vue. La dueña nos autorizó amablemente a dejar nuestras bicicletas en su patio trasero.

Llegamos hasta el paseo marítimo rodeando las pistas de tenis, todavía desiertas a primera hora de la tarde. Las ventanas de las villas, abiertas de par en par al sol, dejaban escapar los tintineos de las vajillas, a los cuales se unía la algarabía de conversaciones y risas. Por todas partes se estaba terminando de comer. Algunas familias ya habían retomado el camino para ir a la playa. A todo lo largo de la avenida, bonachones grupos cargados con cochecitos y triciclos de niños se dejaban llevar en dirección al malecón a la velocidad de una procesión plagada de paradas. El rumor del mar, arrastrado por un aroma a carne asada y a azúcar caliente, nos daba alcance entre las casas.

No obstante, la playa seguía aún casi desierta. A excepción de un anciano que paseaba a su perro y de unos niños que habían iniciado la construcción de un enorme fuerte en previsión de la siguiente marea, no había prácticamente nadie en la orilla. De hecho, los únicos testigos verdaderos de nuestro paseo fueron las gaviotas. La primera preocupación de mi abuela a nuestra llegada a la arena había sido la de dispersar, para el provecho de aquellas aves, los restos de nuestro *picnic*, motivo por el cual ellas no habían dejado de correr la voz. Es más, no nos perdieron de vista en toda la tarde: se mantenían plantadas sobre una de sus patas, a varias decenas de metros por delante de nuestra marcha, y esperaban a que llegáramos a su altura para, torpemente, alzar el vuelo y posarse un poco más allá.

Cierto es que habíamos decidido meternos en su territorio, esa franja imprecisa en el límite de la marea, donde frecuentemente se las ve reunidas en algún secano provisional que las cabrillas de las aguas de menguante cubren y descubren con sus abanicos fruncidos de espuma. Es probable que la intención de afinar el sentido estético de los paseantes no fuera la razón por la que se deleitaban en aquellas asambleas conciliares —la pesca del día acaso las tenía más absortas—; mas no por ello era el espectáculo menos soberbio: allí donde cada movimiento de sus patas quebraba una película de esmalte rosa, los juegos del sol prestaban al delgado y trémulo manto de agua que cubría el lecho de arena un fulgor liso y traslúcido, semejante a la veladura de una pintura.

Conforme los retrocesos del agua ponían al descubierto la línea de bajamar, ésta dejaba aparecer todo un lazo de aguas abandonadas que el relieve de la playa distribuía en menudos lagos irisados, desde los cuales retornaban al mar algunos murmurantes regatos. En ocasiones, nos vimos constreñidos a dar muchos y largos rodeos para evitar mojarnos los pies, mientras salvábamos aquellos modestos

estuarios en los que yo veía a los niños de mi edad redando sus camberas.

Con la cabeza ceñida por la indolente brisa procedente del mar, Thérèse-Augustine y yo caminábamos en medio de una exuberante luz. Alguna que otra vez, veía a mi abuela, quien parecía pasearse mirando inocentemente el paisaje, inclinarse sobre la arena. Podía estar seguro de que había encontrado alguna maravilla, ora una diáfana caracola, cuyas espiras podrían haber sido moldeadas por los dioses, ora un diminuto bivalvo, de un rosa tan delicado y extraño que recordaba a las uñas de Badrulbudur, princesa de la China. Estaba loco de admiración y de ganas. Por más que anduviera encorvado como un artrítico, desesperadamente atento a descubrir lo que imaginaba, no alcanzaba a ver más que la morralla de berberechos más comunes, de esos que se encuentran a millones en nuestras playas.

Mi abuela «se inventaba» las conchas de la arena con la misma facilidad insolente con que ponía de su cosecha los tréboles de cuatro hojas en la hierba del jardín. No tenía más que inclinarse graciosamente para que aquéllas vinieran por sí solas a alojarse entre sus dedos, como si ella misma las creara con el mero poder de su imaginación: yo no distaba de creer que conseguía su objetivo con los ojos cerrados. Todavía hoy, me niego a admitir que semejante constancia en el éxito hubiera podido ser el fruto de un talento vulgar: sin duda el asunto tenía algo de sortilegio. Por su parte, por más que siempre hubiera simulado obtener los más bellos logros como quien no quiere la cosa, es probable que no le disgustara que la Fama le hubiera concedido aquella reputación de zahorí inspirada. En cualquier caso, ponía un gran cuidado en no mostrar visiblemente ningún esmero en su búsqueda y, cuando se aventuraba en el césped o se paseaba bordeando la marea, se las ingeniaba para dejar flotar en su mirada una ligera bruma de distracción que parecía convenir a su personaje. En pocas palabras: no se puede negar que había recibido del cielo un don particular.

Poseía otros tantos dones; eso sí, más agotadores para sus allegados. Por ejemplo, podía caminar indefinidamente sin sentir el cansancio. Si yo no hubiera implorado clemencia desde las primeras casas de Wenduyne, ella habría sido capaz de arrastrarme hasta Zwin<sup>[9]</sup>. Le propuse que nos sentáramos un momento en una terraza.

La multitud se apresuraba por los senderos de la playa pequeña. El calor había cedido un poco, y los primeros trazos de humedad umbrosa aparecían entre las casetas. Era la hora en que la titiritaina de las orquestas al borde del mar llamaba a las familias a la ceremonia del té: ya no quedaba un solo sitio libre en aquellos cafés musicales que mi abuela llamaba «cajas musicales de fanfarria». Aquel súbito fervor presentaba la ventaja de liberar los asientos a todo lo largo del malecón bajo las sombrillas de los botilleros recomendables: inmediatamente aprovechamos la ocasión.

Después de tantos años, el encanto de aquellos minutos ha permanecido vivo en mi memoria. El mar resplandecía sin una sola onda hasta el horizonte. El sol caía

lentamente sobre Ostende. En cuanto a nosotros, volvimos a encontrarnos, sin haberlo premeditado, en los primeros palcos de un teatro que parecía haber inscrito en el programa de su representación crepuscular el desfile de los veraneantes.

Y es que el té acompañado de música no constituye el único rito que jalona las tardes veraniegas del litoral: la tradición también exige que, en el ocaso, las familias que veranean en la costa se sientan atraídas sin remedio hacia el paseo marítimo. Comoquiera que esta imantación inmemorial viene acompañada de un deber de cortesía, resulta todavía menos concebible resistirse a ella: si vagamos por el paseo a ritmo de cortejo, no es tan sólo para sentir la dulzura del sereno o para saludar la preciosa luz, sino también para no faltar a los amigos y conocidos.

Dada la costumbre que prescribe que es de buen tono «hacer» el malecón en los dos sentidos, tuvimos el privilegio de ver a los veraneantes desfilando dos veces delante de nosotros, mientras perfilaban bellamente sus siluetas sobre el horizonte marino. En el instante en que se cruzaban con nosotros, en ocasiones se detenían a dos pasos de nuestra mesa para intercambiar algunos comentarios graciosos, en un gran concurso de sonrisas, sombrillas y *ronds de jambe*<sup>[10]</sup>. Era de lo más divertido.

Al menos eso es lo que pareció pensar mi abuela, quien no cesó, en el transcurso de nuestra granadina, de parodiar para mí el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos. Si bien no siempre reparaba en moderar su voz —viví aquella media hora con la aprehensión de que una de sus víctimas la escuchara—, imitaba con tal gracia el pavoneo o los melindres de los paseantes que más de una vez estallé de risa escuchándola.

No ignoraba que Thérèse-Augustine podía criticar acerbamente, pero lo que jamás había sospechado era que poseyera para ello un talento tan sutil y tan perspicaz. Lo cierto es que la vida de profundo retiro que llevábamos en Saint-André no le ofrecía sino escasas ocasiones para practicar dicho ejercicio. Aun cuando es probable que fuese a la sazón demasiado joven como para interrogarme acerca de este asunto, hoy estoy convencido de que aquella aguda percepción de la ridiculez mundana, de la cual hizo gala aquella tarde al borde del malecón de Wenduyne, extraía su principal inspiración del odio congénito que profesaba hacia las falsas apariencias. En absoluto es mi intención apuntar un tanto a su favor; no obstante, me reconforta pensar que si sus pullas daban directamente en el blanco, se debía a la pureza de ella: los dones que afloraban a cada instante en la exuberante dramaturgia de la que fui testigo no constituían, en suma, sino la recompensa artística de la honestidad esencial de su carácter.

Aquella no fue nuestra única escapada al mar en el transcurso de los años en que pasé mis vacaciones de verano en Saint-André. Si he elegido relatarla frente a cualquier otra, es porque fue la primera y porque su carácter iniciático siempre la aureoló de un prestigio particular dentro de mi mitología personal.

Sin embargo, también podría evocar nuestra irrisoria aventura en el concurso de construcción de fuertes, de la que estuvimos burlándonos mucho tiempo en mi familia. Un día de julio, mi abuela, siempre al acecho de cualquier cosa que pudiera contribuir a mi gloria, descubrió en el periódico que leía a diario el anuncio de una competición de fuertes para niños de mi edad en las playas del litoral. La recuerdo toda excitada, con las gafas torcidas en la punta de la nariz y agitando peligrosamente, por encima de la cafetera y las rebanadas de pan con azúcar moreno del desayuno, el ejemplar del periódico donde, en grandes titulares, se desplegaba la lista de suntuosos premios reservados a los vencedores: cometas gigantes, equipamientos de lujo para jugar al *croquet* y raquetas de grandes marcas. Claro está que Thérèse-Augustine, para quien lo esencial no era participar, me veía en su imaginación con los brazos cargados de trofeos sobre el escalón más alto del podio; y esto por más que le objeté obstinadamente que presentarme como participante, y sin la menor experiencia, en una prueba de tal género implicaría verme abocado, por decreto, a formar parte de un equipo improvisado y hecho de elementos heteróclitos, destinado, con toda seguridad, a no interpretar en la competición más que un papel de mero figurante; que no cabía la menor duda de que la palma iría a parar a los grupos mejor organizados, y, para concluir, que la sola idea de quedar en ridículo en el ejercicio de lo que ella me proponía me disgustaba de todo punto.

Tengo la impresión de que Thérèse-Augustine apenas si entendió nada de mi discurso. Durante todo el tiempo que estuve hablando, parecía estar literalmente privada de sentido: mis argumentos se toparon con una mirada vacía, un semblante de muerte. Sólo en una ocasión —cuando hice alusión a los chavales vigorosos— la vi fruncir el ceño y clavar una lúcida mirada estimativa en mis bíceps. Pero en un santiamén retomó su inmovilidad de estatua feliz: ese día comprendí lo que significa una «sonrisa beatífica».

Aquello resultó, por supuesto, un desastre. Conforme a mis temores, la suerte me asoció a compañeros de infortunio que no eran menos novicios que yo en el arte de la construcción: dos chavales de mi edad y tres chiquillos de aire perplejo, endebles y con una buena voluntad de esas que desarman. Nuestro «fuerte» fue uno de los primeros derribados por el mar.

En memoria de la humillación que sufrí aquel día, durante todos estos años he conservado en el cajón de mi mesa de trabajo la balita de caucho blando que los organizadores nos concedieron como de premio de consolación a todos los competidores no clasificados.

En la lista de las hazañas de mi abuela que jalonaron nuestra vida en común hay un episodio que siempre me ha parecido digno de una mención especial: se trata de la expedición que me sugirió hacer en busca del rayo verde.

Ya habrá comprendido el lector que aquel verano leíamos a Julio Verne. Tras el embeleso de sus obras maestras *La vuelta al mundo*, *Veinte mil leguas* o *La isla misteriosa*, que habían alegrado nuestras vacaciones el año anterior, acabábamos de abordar relatos que, aun siendo de factura menos bella, encubrían algunos tesoros.

No sé de quién había sido la idea: para ganar tiempo, pero sobre todo para estrechar nuestros lazos —creo—, habíamos resuelto aprender a saborear juntos el placer de la lectura. Desde el día en que Thérèse-Augustine hubo puesto punto final a sus memorias, las últimas horas de nuestras tardes estuvieron consagradas en gran parte a la lectura en voz alta.

El ritual apenas fue modificado: nos citábamos en la escalinata a la hora acostumbrada, y mi abuela, como hasta entonces, se acomodaba en su mecedora, en el lugar donde un claro entre las capuchinas le permitía vigilar de cerca sus flores. Sólo que, ahora, sostenía un libro en sus manos, y ya no hacía punto.

Me sentaba junto a ella con los pies colgando del travesaño de mi banquito; los codos sobre las rodillas a fin de acomodar mejor la barbilla en las palmas. Thérèse-Augustine comenzaba a leer en alta voz: «La casa de campo en la que vivían los hermanos Melvill y miss Campbell estaba situada a tres millas de la pequeña aldea de Helensburgh, a orillas del lago Gare, una de aquellas pintorescas ensenadas que penetran caprichosamente en la orilla derecha del río Clyde...»<sup>[11]</sup>.

No puedo evocar sin melancolía aquel verano de 1932: fue el último que habríamos de vivir juntos en Saint-André. La casa había sido vendida unos meses antes, y el nuevo propietario acababa de rescindir el contrato con mi abuela: el plazo convencional de gracia expiraba a finales del mes de septiembre. Ya durante la primavera Thérèse-Augustine se había desplazado a Bruselas en dos ocasiones para buscar allí un apartamento.

Jamás un verano fue tan radiante como el de aquel año. El jardín exhibía con orgullo todas sus rosas, todos sus blancos níveos en medio del verde aún tierno de las hojas. Los crepúsculos eran de un esplendor casi doloroso: diríase que el día únicamente consentía en finalizar tras haber agotado todos sus fulgentes embrujos. Escuchaba a mi abuela evocando los caprichos de Héléna y los pedantescos arrebatos de suficiencia de Aristobulus Ursiclos<sup>[12]</sup> hasta aquel momento del ocaso en el que ya nada, salvo el canto de unos cuantos pájaros y el tintineo improbable de una campana entre los árboles, turbaba el silencio de los jardines. Cuando su vista nublada comenzaba a confundir los caracteres, yo insistía en quitarle el libro de las manos y

me ponía a leer unos minutos. Después, volvía a cerrar lentamente el volumen y nos quedábamos en silencio largo rato mientras contemplábamos el anochecer.

Naturalmente, cenábamos más tarde de lo acostumbrado, un hecho no menos inusual: en lugar de mandarme a la cama nada más haberme llevado el último bocado a la boca, mi abuela, quien sin embargo siempre había manifestado mucho rigor a este respecto, parecía recrearse prolongando la velada y manteniéndome junto a ella un rato más.

Un día incluso llegó a improvisar una cena sobre la escalinata. En otros momentos, el mero proyecto de semejante fiesta me habría sumido en un profundo arrobo. Lejos de tal cosa, una oscura contención atemperaba mi exaltación: me daba cuenta de que mi abuela debía de encontrarse profundamente desamparada como para pasar por alto tales trastornos en nuestra vida cotidiana.

Para la ocasión, volvió a su tarea la antigua mesa de ruedas que ya apenas empleábamos: todavía puedo escuchar el chirrido asmático de sus ruedecillas mal engrasadas sobre el enlosado de la escalinata. No he guardado ningún recuerdo de las palabras que intercambiamos —sin duda, debieron de ser muy pocas—, si bien conservo una memoria extremadamente precisa de las imágenes de aquel final de la tarde.

La noche casi había caído. El jardín respiraba en silencio. Sobre el fondo del cielo que comenzaba a ensombrecerse, la masa más negra de la gran morera que se alzaba sobre el césped todavía se perfilaba débilmente. Aun así, sólo se mantenía visible el sendero de grava blanca que conducía al portillo. Los últimos pájaros habían cesado su canto. Una suerte de angosto júbilo flotaba en el aire.

Con la excusa de que la terraza carecía de una iluminación suficiente, me las había ingeniado para que cenáramos a la luz de las velas:

—¿Como unos enamorados? —había preguntado con una sonrisa Thérèse-Augustine, cuya imaginación era lo bastante sutil como para presentir que, más allá del placer infantil de lo insólito, las dos finas llamas que aislaban nuestra mesa en el corazón de aquel mar de tinieblas tenían el poder de avivar deliciosamente en mí el sentimiento de la afinidad que nos unía.

Recuerdo que estábamos sentados frente a frente bajo el baldaquino de las capuchinas soñolientas. El fulgor de las velas posaba su trémula pátina sobre los cristales, iluminando en la mirada de mi abuela toda una fantasmagoría de reflejos. Cada vez que inclinaba la cabeza, todo su semblante se ofrecía a la luz: la sonrisa que había esbozado en el momento de alzar el cubierto se había borrado, para dar paso a una expresión tan dolorosa y tan tensa que tuve que darme la vuelta para esconder mis ojos arrasados en lágrimas.

Sin embargo, hasta el último día, nuestras conversaciones evitaron toda alusión a nuestra partida. Estoy prácticamente seguro de que ella habría asimismo rehuido el tema de haberlo evocado yo. Ponía una suerte de coquetería desesperada en comportarse como si nada fuera a cambiar en nuestra vida; de todos modos, yo la

quería lo bastante como para saber que aquel adiós a su casa y a nuestras vacaciones en común equivalía para ella al final de todas las cosas.

¿Quiso ella coronar las últimas semanas de nuestra camaradería con una aventura que inscribiría su recuerdo en mi memoria como la firma al final de un texto? Sólo puedo hacer conjeturas.

Se había visto vivamente seducida por el relato de Julio Verne, cuyas peripecias ofrecían a su afición por lo maravilloso, así como a la reverencia ingenua que alimentaba en torno a los misterios del universo, la ocasión de realizarse todas juntas. Habida cuenta de que su curiosidad se hallaba siempre al acecho, semejante libro constituía para ella un verdadero pan bendito: cada año, a mi llegada a Saint-André, me pedía que volviera a contarle lo poco que sabía acerca de las estrellas. Y es que, evidentemente, en su pensamiento no existía contradicción alguna entre su pasión por los arcanos del saber y aquella obstinada esperanza en el advenimiento del milagro, la cual había germinado en ella durante las adversidades de su infancia; hasta tal punto era así que ambas formaban parte de su naturaleza. Sosteniendo, sin haber leído *Hamlet*, que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que jamás pudiera imaginar nuestra filosofía, vivía ella con la excitante certeza de que todo es posible en todo momento, creyendo a pies juntillas en todos los cuentos de hadas que le contaban.

Empecé a tener la mosca detrás de la oreja cuando su lectura abordó el comienzo del capítulo tercero, ese momento del relato en el que miss Campbell descubre la existencia del rayo verde en un artículo de *The Morning Post*<sup>[13]</sup>. Aun cuando Thérèse-Augustine casi siempre leía con un tono desprovisto de toda pasión aparente, de pronto entreví una modificación en la tonalidad emocional de su voz: al evocar el instante en que el sol despide su último rayo antes de desaparecer en el mar —«ese rayo de un verde misterioso, de un verde que ningún pintor puede lograr con su paleta, de un verde cuyo matiz la naturaleza jamás ha podido reproducir»—, parecía estar inmersa en una alegría infantil. Literalmente se le estaban saltando las lágrimas, como si acabara de tener una visión edénica: «Si existe el verde en el Paraíso, no puede ser más que aquel verde». Se me ocurrió pensar que estaba mostrando un rostro semejante al de cuando degustaba una de esas tartaletas de crema de almendras que tanto la apasionaban. Al mismo tiempo, no podía evitar sentir que la sonata de música celeste a la cual ella prestaba oídos no colmaba más que una mínima parte de su atención, y que la lírica de las esferas de veras ocupaba en su placer un lugar menor que la sensualidad de aquel dulce; todo lo cual, en otras palabras, significaba que estaba ya preparándose mentalmente para partir a la conquista del rayo verde en cuestión.

La continuación de la lectura no hizo sino confirmarme aquella corazonada. No sólo creyó al pie de la letra la novela de Julio Verne, sin poner en duda un solo segundo la existencia del rayo verde, sino que pronto se convenció de que, a costa de

insistencia y atención, tendríamos el privilegio de contemplarlo nosotros mismos. Huelga decir que no tuvo ninguna dificultad en convencerme a mí también.

El resto no fue más que una cuestión de organización. Para empezar, nos pareció útil proceder, cuaderno de notas en mano, a una relectura rápida de la obra. Era menester consignar con esmero las condiciones que nos conducirían a una observación perfecta del fenómeno: un largo crepúsculo, un mar calmo y un horizonte desprovisto de toda bruma. Puesto que el tiempo seguía siendo bueno y estábamos a principios de julio, es decir, una época próxima a los días más largos del año, nada nos impedía entregarnos a nuestra aventura sin dilación, de modo que eso fue lo que hicimos.

No relataré nuestra expedición. Lo único que importa es que, en aquel momento, se nos presentó como un éxito total. Al regresar a casa aquella tarde, ambos habríamos jurado que un admirable rayo verde había cubierto todo el espacio en el momento en que el último segmento del disco solar se borró del horizonte marino; habríamos puesto la mano en el fuego con el alma serena. Durante el camino de vuelta a casa —mientras intercambiábamos animadamente impresiones y dejábamos que nuestras bicicletas pedalearan por sí mismas siguiendo el lecho de la brisa del mar—, nuestro único punto de desacuerdo concernía al matiz del verde en cuestión: yo lo veía dentro de los tonos esmeraldas, en tanto que Thérèse-Augustine estimaba que tiraba más al jade.

Como es natural, la gente sensata sostendría que habíamos tenido visiones y que no habíamos visto el rayo, por el mismo motivo por el que no se puede ver aquello que no existe. ¿Quién tenía razón? Yo mismo, cuando hoy me pregunto acerca de lo que vimos realmente aquel día, me veo forzado a reconocer que mi seguridad vacila. Lo cierto es que me he hecho viejo, y que mi abuela ya no está junto a mí para insuflarme sus certezas.

Un día, un poeta abrió el expediente de la larga querrela entre la tradición y la invención, entre el orden y la aventura<sup>[14]</sup>. Sin otra información, y con la esperanza de no dar muestras de una excesiva insolencia, desearía archivar el recuerdo de tan modesto episodio.



Tras este largo recorrido por los senderos de la memoria, heme de vuelta a aquella mañana de febrero en que ardí en deseos de visitar a mi abuela.

Ya he comentado que, en el estado medio brumoso en que me encontraba al salir de mi letargo, el hecho de que llevara muerta desde hacía casi medio siglo no me pareció un obstáculo insalvable: como mucho, una distancia algo incómoda que sin duda alargaría la duración del trayecto; que quizás tornaría incierto el reencuentro; que, en todo caso, me obligaba a ponerme en marcha de inmediato si quería llegar antes del anochecer. ¿Acaso no sabemos que cuando el viajero desea llegar a alguna parte, incluso a la ansiada posada, es siempre antes de que caiga la noche? Es evidente que a mi edad esto es especialmente recomendable.

Y, sin embargo, hemos visto que no cedí enseguida al consejo que me estaba siendo dado. De hecho, vacilé un buen rato. Pasé una o dos horas vagabundeando entre mis recuerdos. La verdad es que hacía un tiempo horroroso: uno de esos que sufrimos en nuestras tierras y que son capaces de predisponer por completo al suicidio hasta al más optimista.

En resumen, decidí dar crédito a la sabiduría de las potestades que gobiernan mi sueño: me subí al coche y puse rumbo a Brujas.

Curiosamente, la autopista de la costa estaba casi desierta. De no haber existido el peligro de aquella masa plomiza que invadía el horizonte hasta anegar el paisaje en una penumbra de emboscada, habría podido dejar que el coche se condujera solo, y así reflexionar a mis anchas acerca de la expedición que estaba emprendiendo. Sin embargo, no tuve ocasión. Apenas había llegado a la altura de Gante cuando afronté las primeras lanzas del aguacero. La nube que desde el alba había estado amenazando se transformaba ahora en un chorro continuo, jalonado por violentas trombas de agua que sacudían el coche y repiqueteaban en el parabrisas cuantas veces pasaba un camión. Durante una treintena de kilómetros, obligado a realizar una navegación por estima a través de la crepitante cortina que veía ondularse por las brascas bocanadas de aire racheado, perdí todo contacto con el mundo que me rodeaba.

No cabe duda de que fue durante los minutos en que la carretera requirió mi atención cuando, en esa oscura región de la conciencia en donde se elaboran los impulsos del instinto, un desconocido, que debía de ser yo, eligió no regresar a la casa de Saint-André.

No guardo el menor recuerdo de que mi cerebro participara voluntariamente en aquella decisión. No obstante, en ningún momento se me ocurrió volver a ponerla en tela de juicio, aun cuando desde el principio me pareció de todo punto sorprendente. Cuando, una hora antes, me había subido al coche, fue, ante todo, con el ánimo de volver a ver aquella casa que en mi memoria permanece absolutamente ligada a mi abuela; tanto es así que siempre me ha sido imposible evocar la una sin la otra, como si existiera una armonía existencial entre la simple disposición de ladrillos y hierbas, y aquel universo de libertad e invención que mi abuela me hizo descubrir un día. ¿«Como si»? ¿Por qué «como si»? Doy fe de que aquella armonía era real. Doy fe de

que, a la edad en que comenzaba a descifrar la vida, una predestinación fabulosa, la cual debía lo esencial de su fuerza al genio de mi abuela, transformó aquella morada en un teatro de alegría y sueños.

De aquello hace ya más de sesenta años. Desde entonces, no he vuelto allí ni una sola vez. No sé nada de aquella casa desde la época en que, abrumado, el niño que fui contemplaba el jardín devenir templo y música bajo la preciosa luz de los largos crepúsculos.

¿Existe todavía hoy? ¿Se distingue aún, en el condominio próximo a la chaussée de Ghistelles, el entramado de su fachada gris y rosa al final del túnel de vegetación de la larga alameda? ¿Se sigue sentando alguien en la escalinata de las capuchinas donde mi abuela, agazapada en el regazo de su mecedora, hacía punto vigilando sus flores, en tanto que la gran morera vibraba sobre el césped con el bordoneo de todos los abejorros de junio?

Lo maravilloso es que me basta evocar tu rostro, ¡oh, casa!, para que el milagro renazca: el encantamiento vuelve a surtir efecto, el sortilegio se recompone, la antigua ternura se despierta y me apremia para que corra hacia ti del mismo modo en que uno se apresura hacia una fuente.

Pero, por muy persuasiva que pueda ser, no es a esta voz a la que presto atención: la llamada a la que voy a obedecer es la que me lanza la oscura prudencia ancestral, aquella que conmina al animal amenazado a escapar a las heridas. Esa otra voz deja traslucir que, obstinándome en encontrar de nuevo la casa de Saint-André, cometería una falta mayor contra su recuerdo.

¿Qué puede subsistir hoy, me susurra al oído, de la gracia inicial de un lugar desposeído desde hace tanto tiempo de aquella que fuera su alma? De no haber sido arrasado el condominio para albergar un garaje o una casa de retiro, seguramente habrá visto sus jardines deslustrados por el paso del tiempo y sus chalets banalizados por las múltiples ocupaciones sufridas. Apenas se puede concebir que aquella improbable excepción edénica cuyos placeres no se saboreaban más que en plena canícula, en la estación de los largos días calurosos y de los jardines en fiesta, haya podido sobrevivir durante tantos años a la ausencia y a la muerte.

Desafortunadamente, no tengo nada que objetar ante este discurso. No trataré de volver a encontrar la casa: no quiero ver a mi abuela muriendo una segunda vez.

Ya cuando tuvo que abandonar Saint-André viví el desgarró de una larga separación. Estuve varios meses sin verla. Dada la insistencia con que les estuve pidiendo a mis padres que me condujeran a su lado, un domingo me acompañaron a Bruselas. Ella acababa de mudarse a su nuevo hogar.

No sé qué decorado me había forjado en mi imaginación; sin embargo, lo que descubrí era mortalmente triste. Mi madre, que sabía que la imagen de la casa de Brujas anidaba siempre en lo más hondo de mi memoria, había intentado prepararme

para una decepción. Con gran paciencia me había explicado, mientras yo miraba el desfile de los humos del tren, que mi abuela no poseía otros medios aparte de los de su pensión de viuda, y que las condiciones del mercado inmobiliario habían empeorado desde la época en que una feliz casualidad había permitido a mis abuelos descubrir el condominio ajardinado de Saint-André. Creo haber asentido con la cabeza varias veces para reafirmar mi compasión, pero no estoy seguro de haber comprendido gran cosa de las explicaciones de mi madre.

En cualquier caso, ¿cómo podría haber imaginado que iba a encontrar a la reina de mi universo de felicidad y jardines prisionera de una vivienda mezquina, sin estilo ni encanto, en una siniestra hilera de casas de una calle de las afueras?

La ansiedad con la que nos recibió mi abuela mostraba que se esforzaba desesperadamente por estar ilusionada:

—¿Qué os parece? —nos preguntó varias veces.

Mamá se limitó a mentir con la mayor convicción posible, y, al parecer, lo consiguió. Vi que mi abuela se bebía patéticamente sus propias palabras:

—Es cierto que el apartamento es muy cómodo —admitió.

Me lanzó una mirada a hurtadillas. Diríase que esperaba mi opinión; pero yo tenía un nudo en la garganta demasiado grande como para hacer una comedia:

—Es bastante pequeño, eso sí —concedió.

Parecía sentirse un poco culpable.

Jamás la había visto tan insegura ni debatiéndose tanto en la duda. Bastaba un cumplido algo insistente por parte de mi madre para que en apariencia recobrara la confianza, llamando nuestra atención con mil detalles acerca de los encantos de su cocina. No obstante, un instante después, renunciaba a ocultar su desconcierto y se dejaba caer en una silla:

—Creo que nunca me haré a esta casa.

Había un brillo de confusión en sus ojos.

Nos había preparado un oporto, granadina y pastas. Me di cuenta de que había cuidado de poner sobre la bandeja unos cuantos *berlingots* de pasta de almendras. Este homenaje a nuestro ritual de complicidad me conmovió; mas no encontré las palabras, por simples que fueran, para decirlo. Por primera vez sentí una distancia entre mi abuela y yo: nos separaba la conciencia que cada cual tenía acerca de lo que habíamos perdido para siempre.

Llegó el momento en que mamá tuvo que consultar su reloj; se acercaba la hora de nuestro tren. Mi abuela se terminó su oporto sin prisa:

—Así son las cosas —dijo escuetamente.

No volví a verla hasta la Semana Santa.

Fue en las inmediaciones de Oostkamp donde, a ciencia cierta, advertí las primeras señales de bonanza. En unos instantes, la tormenta se calmó, el limpiaparabrisas

comenzó a chirriar sobre el cristal seco y la media luz vacilante que ensombrecía el cielo se alzó como el telón de un teatro descubriendo, a ras de un horizonte desprovisto de nubes, un áureo penacho tan resplandeciente y tan suave que parecía estar emitiendo su propia luz.

La mutación fue instantánea en aquel punto y coincidió tan exactamente con mi resolución de no tratar de regresar a la casa de Saint-André que, durante un instante, me complací coqueteando con la pueril idea de que había sido mi impulso instintivo lo que había provocado aquel desequilibrio en los aguaceros. Me pareció estimulante imaginar que el cielo se había puesto verdaderamente de mi parte autorizándome a franquear una linde semejante a la que dificulta el avance del héroe en el universo de los cuentos. Encontré grato que su gentileza llegara hasta el extremo de dejarme saber, en señal de bienvenida, que unos kilómetros más allá, sobre el mar, hacía bueno.

Ya no cabía dudar más: abandoné la autopista hacia Jabbeke para poner rumbo a Le Coq.

De pronto, me sentí relajado y como liberado, con un sentimiento más próximo a aquel que invadía mi espíritu en la época en que emprendíamos nuestros grandes viajes vacacionales, cuando mi padre esperaba a haber girado varias veces tras el paso de la aduana antes de anunciar gravemente ante la familia, sumida de repente en el silencio:

—¡Ya está! Estamos de vacaciones...

No distaba yo ahora de pensar lo mismo. Mientras me dirigía hacia la costa, tuve la impresión de sentirme aliviado de un peso, como si acabara de entregarme al destino que me aguardaba aquel día. Me sentí deliciosamente eximido de todo imperativo, despreocupado del mundo y del tiempo, en ese estado ocioso del caballero que ha devuelto las riendas a su montura.

Un sol pálido se había elevado por encima de los campos, donde subsistían aquí y allá capas de rosada. Bajé la ventanilla de mi puerta. En el frescor del aire flotaba un dulce aroma a vainilla: la primavera llegaría pronto este año. Mientras observaba el asfalto perdiéndose bajo mis ruedas, pensé que en unos minutos me sería concedida una alegría, aquélla cuya promesa habían creído saludar mis ojos de centinela exhausto en medio del furor caliginoso del cielo de Gante: saludaría al mar.

De repente, me vino a la cabeza la idea de que a mi abuela le habría gustado aquella manera de visitarla, y me animé a regresar a esa tierra donde siempre he tenido ocho años.

Para ahorrarle a mi abuela las penas de un verano en soledad, les sugerí a mis padres que organizaran una estancia conjunta en la costa durante las primeras vacaciones largas que siguieron a su mudanza a Bruselas. No sé qué contratiempo hizo que fracasara nuestro proyecto. Por las circunstancias, nuestros encuentros fueron

escaseando.

Por fortuna, estaban las cartas. Ella me había pedido que le escribiera de vez en cuando. Trataba de hacerlo, aunque constituyera para mí una prueba: pese a que ponía todo de mi parte para otorgarle un tono natural a mi esfuerzo, el bobo pudor de mi edad era a menudo más fuerte. En consecuencia, la mayoría de mis breves cartas, a duras penas redactadas sobre las hojas arrancadas de mis cuadernos de colegial, eran de una expresión forzada que, de no haberme conocido tan bien, podrían haberla conducido a atribuirme una indiferencia que, en realidad, estaba muy lejos de sentir. La verdad —que la echaba de menos— era lo contrario de lo que le ofrecía para su lectura.

Respondía a cada una de mis cartas con largas misivas desbocadas y algo impetuosas, abundantes en anécdotas sobre los comerciantes del barrio y las mezquindades de su casera; pero, al menos en apariencia, hablaba poco de sí misma. Creo, sin embargo, que sí que lo hacía, a su manera. En la jerga actual se diría que los ocho o diez folios de texto apretado que brotaban de la pluma de Thérèse-Augustine ofrecían dos «niveles de lectura» a sus eventuales descifradores: estaba la parte pública de su correspondencia, aquélla en la que, con su humor habitual, daba cuenta de incidentes nimios de su vida social, los cuales iban dirigidos tanto a mis padres como a mí; y estaba también la parte secreta, la cual yo me reservaba como una golosina y que me correspondía descifrar, a la manera de un palimpsesto que estuviera entre las líneas del texto visible. En la soledad de mi cuarto, procedía a realizar una verdadera exégesis sentimental de sus cartas, analizando con la paciencia de un semántico los pasajes en los que me parecía que se abría un poco más conmigo, y realzando aquellos detalles más insignificantes que pudieran pasar por indicios. Saboreaba con un placer especial las alusiones a tal o cual episodio de nuestra intimidad en Brujas, las cuales no tenían sentido excepto para mí y me permitían, en la clandestinidad mágica de mi recuerdo, retomar el hilo del diálogo amoroso que habíamos mantenido durante tantos años.

Era casi siempre a la hora del desayuno cuando el sobre azul cerúleo, con su minúscula escritura de gato, aparecía sobre nuestra mesa. Como mi abuela cuidaba siempre de escribir mi nombre junto a la dirección, mi padre me tendía ceremoniosamente el sobre; pero, bajo el pretexto de que en ocasiones una carta es portadora de malas noticias, no hacía misterio de la impaciencia que le devoraba por verme abriéndolo. En su presencia, claro está. Si bien aquella insistencia me irritaba mucho, no veía la manera de sustraerme a ella. Me imagino que, en calidad de hijo preocupado por la salud de su madre, consideraba su curiosidad perfectamente legítima. He de reconocer que se preocupaba poco por los detalles: cuando, tras haber leído por encima la carta, le anunciaba entre dos bocados que mi abuela estaba bien y, conforme a la expresión que él mismo acostumbraba a utilizar después de haber leído a Erich Maria Remarque, le decía: «Sin novedad en el frente de Bruselas», él se desinteresaba del resto, se terminaba rápidamente su café y se iba a hacer sus cosas.

Mi madre era menos fácil de contentar. Quería leer por sí misma la prosa de Thérèse-Augustine, aunque no se inmutaba: retomábamos el texto con toda tranquilidad mientras terminábamos nuestro desayuno. En la pluma de mi abuela, un paseo para ver tiendas o un simple trayecto en el ascensor de su inmueble se transformaban en sainetes de una extravagancia hiriente donde, como bajo el efecto de una suerte de fatalidad, nos encontrábamos casi siempre con uno u otro de aquellos engreídos individuos cuya vocación parecía la de cruzarse con ella, y a los que ella tenía el don de desenmascarar hasta lo más hondo de su ser.

Eran momentos de pura alegría.

Sin dificultad, he vuelto a encontrar la duna donde nos habíamos apostado aquella tarde de julio de 1932 con la esperanza de sorprender el rayo verde.

Como aquel día, he subido hasta la estrecha meseta tapizada por malas hierbas que corona su cumbre.

Hasta donde alcanza mi vista, la costa está desierta bajo la fúlgida bóveda del cielo invernal. La luz es tan pura que, sobre el horizonte despejado de nubes, distingo muy claramente el faro de Ostende a una docena de kilómetros.

La playa que se extiende ante mis ojos es tan bella como una mano desnuda. Ofrece a mi mirada gran lujo de colores sutiles: desde el brillante nacarado de las aguas a la áurea rutilancia de la arena, pasando por las variaciones del pizarra y el blanco níveo que modulan los celajes transportados a la deriva por el viento del Este, hago recuento de cada uno de los tonos que van del burriel al plateado puro. Son muchos los gozos que en ellos encuentra un espíritu con un cierto gusto por el rigor, sin que se vean menoscabados por el hecho de que el azul sea, durante algunas semanas más, uno de los únicos matices prohibidos por la estación...

Ya está. He hecho todo lo que he podido por dilatar al máximo mi relato; pero, en la evocación que he iniciado, he llegado al momento en que mi abuela va a morir: trataré de pasar por este tema muy rápidamente.

En realidad, nunca supimos cuándo comenzó su sufrimiento. Había prohibido que nos avisaran, por lo que fue menester que una de sus vecinas, que la veía torturada sin auxilio, tuviera la sensatez de advertirnos. Precisamente ese día mis padres estaban en Bruselas: Thérèse-Augustine les confesó que, desde hacía semanas, era presa de una neuralgia facial que no le daba respiro. Un médico, tras ser consultado, diagnosticó una neuritis del nervio trigémino. Con todo, los calmantes que le prescribió apenas le hacían efecto.

Mi abuela, que antaño se hacía la «desesperada» si un plato le salía mal, aguantaba sus dolores sin quejarse. A cada momento, sin que ningún malestar previo lo hubiera anunciado, veía su rostro crisparse mientras alzaba lentamente sus dedos

hacia su mejilla, sin rozarse, eso sí, la piel; un poco como si lo hiciera para saludar a algún conocido suyo. Lo extraño era que hacía su saludo con los ojos cerrados. Era la única manera que tenía de expresarnos el profundo dolor que padecía.

Cabría pensar que esas neuralgias, que nada parecía poder calmar, favorecían el desarrollo de un mal más profundo. Thérèse-Augustine, cuya agilidad intelectual había sido siempre tan viva, pronto manifestó algunas sorprendentes señales de esclerosis cerebral, olvidando su bolso en la frutería, perdiendo las llaves o dejando que se desbordara la bañera. Era una imprudencia que continuara viviendo sola. Mis padres se pusieron a buscar una casa de huéspedes. En un primer momento, mi abuela no quiso oír hablar de semejante cosa. Aun así, el sufrimiento sin duda había dejado maltrecha su voluntad de combate, y acabó cediendo.

A pesar de estar exigido por la necesidad, aquel cambio de entorno se revelaría desastroso: la degeneración mental de mi abuela no hizo sino agravarse más en aquel nuevo marco, donde se sentía infeliz. Empezó a abandonar su lecho por las noches, entrando en las habitaciones de los otros huéspedes: pretendía, de manera muy confusa, estar buscando algo o a alguien. Me dijeron que, durante aquellas escapadas, en ocasiones pronunciaba mi nombre.

Una noche, tras haber abandonado su cuarto una vez más, se cayó por la escalera. Acudí enseguida. Se había dislocado un hombro, y tenía la cara tumefacta, cubierta de cardenales. Tenía casi cerrado el ojo derecho. Debía de haberse caído de cara. Aquella mañana —¿acaso la habrían sedado?— no me reconoció.

Al rato, estaba charlando con ella de la manera más natural, alegre de encontrarla en tan buena forma, cuando advertí que me estaba confundiendo con mi padre. A partir de ahí, esto le sucedió en numerosas ocasiones. Un día llegó incluso a decirme: —Charles jamás viene a verme...

Comoquiera que ya apenas se levantaba y que se había vuelto incapaz de asearse por sí misma, tuvimos que confiarla a un «hogar para ancianos».

Había perdido toda noción clara acerca del transcurso del tiempo: cuando veía caer la noche, creía que iba a hacerse de día y reclamaba su desayuno. Sin embargo, había conservado una memoria admirable de los acontecimientos de su tierna edad y de la historia de su familia. Yo me apresuraba a hacerla hablar, aun a sabiendas de que no tendría la suerte de escucharla mucho más tiempo.

Para vergüenza mía, reconozco que no he guardado un recuerdo muy preciso de las últimas semanas de vida de mi abuela. Curiosamente, todo aquel periodo se me aparece en lontananza, como difuminado por una suerte de dolorosa bruma de la que sólo emergen escasos momentos.

Recuerdo, con todo, un detalle bastante extraño. Aunque nunca se había preocupado especialmente por su presencia, se volvió muy exigente en cuanto al porte y el aspecto que ofrecía a los visitantes que la encontraban en su cama. Pedía, por ejemplo, que le pusieran un poco de polvos para avivar su tez y, sobre el camisón, se ponía una mañanita de un color vivo que pronto cubría de manchas, con lo que

hacía falta cambiársela varias veces al día. Una última coquetería: estaba preocupada por la papada que desvelaba el aflojamiento de la piel de su cuello y, para tratar de disimularla, alrededor de la garganta llevaba una cinta de seda malva. Yo odiaba aquella baratija mundana que parecía fuera de lugar en el cuerpo de una mujer como mi abuela. Me imagino que, en medio de aquella habitación que olía a orina y a muerte, quería lucirla como un patético e irrisorio desafío a la nada.

Se extinguió sin sufrimiento un día de junio con un crepúsculo lleno de pájaros. Bajo la ventana abierta, la primavera extendía en el jardín un fabuloso reino de hojas tiernas, hierba nueva y brotes carnosos.

Cuando la metieron en el ataúd, su cuerpo se había vuelto tan menudo que apenas si alcanzaba el peso de un niño pequeño.



Thérèse-Augustine, hace mucho tiempo ya desde que se trazó una crucecita al lado de tu nombre en los registros de tu municipio. Sin embargo, sé que, a semejanza de ciertas santas que jamás han encontrado a Dios, tú eres de esas que no pueden morir del todo.

En la época en que estabas viva, una personal gracia iniciática te concedió el poder de comerciar con las fuerzas de lo invisible. Desde que abandonaste el mundo de los hombres, tu memoria ha continuado brillando en mi alma como una estrella.

El universo en que naciste apenas se asemejaba al nuestro. Corrían tiempos en que los coches de caballos circulaban por la ciudad y las bandadas de gorriones se acercaban a la cola de los percherones para picotear sus cagajones. Al atardecer, los faroleros recorrían las avenidas blandiendo largos palos que portaban la llama. Los afiladores llamaban a las puertas de las casas. Llevaban un sombrero alto completamente abollado y un tití al hombro. Empujaban un endeble vehículo a pedales cubierto con un dosel de terciopelo escarlata mientras gritaban por las calles: «¡Preciosos cuchillos, señoras! ¡Preciosos cuchillos!». Y, cuando pedaleaban al mismo tiempo que pasaban una cuchilla por la muela, el ruido de su máquina recordaba el borboteo de un torrente precipitándose sobre los guijarros.

Quienes en el curso de aquellos años solían comprar sus aves de corral o sus huevos en la granja de tus padres veían a una niña atareada entre el lavadero y los establos, con un delantal de rasete azul y los dedos agrietados por las coladas, haciendo con decisión el trabajo de un jornalero. La mayoría de ellos apenas se sorprendía. Mas cuando, en ocasiones, un cliente preguntaba por qué no estabas en el colegio a esa hora de la mañana, Nicolas-Cyprien se daba el gusto de exponerle la generosa ambición que colmaba su espíritu. Y el cliente, seducido, no dejaba de manifestar la admiración que despertaba en él tan noble propósito.

Thérèse-Augustine, pienso en aquella niña que fue ofrecida en sacrificio a fin de permitir que sus hermanos se hicieran un nombre en la ciudad. Me ocultaste que cuando cumplió los veinte años —era la época en que las mujeres todavía escondían púdicamente sus tobillos— no le quedó más remedio que quedarse preñada para ser libre.

Es en homenaje a la determinación y a la firmeza de espíritu de aquella joven por lo que he escrito este libro: he tratado de evocar en él algunas de las cosas que te debo y otras tantas que me enseñaste.

Te he reprochado que te mezclaras en lo que no te concernía; pero admiro que tuvieras el valor de retomar tus clases a los sesenta años con la esperanza de que tu nieto conociera algún día el futuro glorioso que te había sido negado.

Te he reprochado que te pasaras la vida entera construyendo castillos en el aire; pero, a fuerza de dar fe, mediante tu ejemplo, de que la acción debe permanecer hermanada con los sueños, me enseñaste a conocer el deseo.

Te he reprochado que tomaras tus ilusiones por verdades, pero fue a fuerza de construir la realidad con tus deseos como me iniciaste en la poesía.

Por todo esto he venido a darte las gracias esta mañana en el escenario de la última expedición que concebiste: si viste el rayo verde, fue porque confiaste en Julio Verne, de la misma manera en que Schliemann descubrió Troya por su confianza en Homero.

¡Ay, Thérèse-Augustine! ¡Abuela mía de las grosellas de junio! ¡Tú, que hacías punto mientras me relatabas tu vida en la escalinata de las capuchinas! Cierto es que fueron muchos los poetas que hicieron menos que tú.

Recuerdo que no vacilabas, toda menuda sobre tu bicicleta, en desafiarme para ganarte en la carrera: «¡Que gane el mejor!», clamabas por el jardín mientras yo me sentía incómodo porque los vecinos te oían.

Y más incómodo aún me sentía cuando te burlabas de los policías. Incluso me permití decirte un par de veces que no era indispensable escribir tan a menudo al primer ministro para hacerle saber que no te parecía satisfactoria la organización del mundo.

Pero era yo, claro está, quien estaba equivocado. El mundo no es satisfactorio, y es absolutamente deseable que esto se repita sin cesar.

Desde hace algunos años, por absurdo que esto pueda parecer a quienes el amor no les hace perder el buen sentido, veo, cada vez con más frecuencia, tu rostro en mis sueños. Basta la más modesta avenencia de las cosas —una cierta ternura de la luz hacia las flores, el trino de un mirlo en el crepúsculo del jardín o, como en este preciso instante, que la mera acentuación de la brisa haga hablar al mar más alto de lo acostumbrado— para que mi corazón me traiga la confirmación de lo que ya sabía antes: que nunca me resignaré a haberte perdido.

Me temo que no sea vano esperar que una milagrosa dispensa de las leyes que gobiernan el reino de los muertos te autorice, incluso en el espacio de un instante, a acabar con la distancia que nos separa. Cuando era niño, me enseñaste que bastaba cerrar los ojos y los puños con toda el alma cuando se deseaba algo con intensidad. He cerrado los ojos y estoy apretando los puños con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

¡Ay, mi abuela adorada! ¡Ay, luz de mis ojos! ¿Cuándo me harás la señal que tanto anhelo?



CHARLES BERTIN (Mons, 1919 - Sint-Genesius-Rode, 2002). Es uno de los escritores belgas más singulares del siglo xx, con una obra muy personal y exquisita. Crecido en el seno de una burguesía austera, Charles Bertin se doctoró en Derecho y ejerció la abogacía de 1942 a 1947, siendo Jefe de Gabinete del ministro de Trabajo belga hasta 1949. Comenzó a escribir muy pronto: publicó sus primeros poemas, mientras estudiaba, en una revista de la universidad. Estos primeros versos llamaron la atención de Paul Valéry y lo acercaron también a Marcel Thiry, quien se convertirá más adelante en uno de sus mejores amigos. En 1961 publicó su primera novela, *Journal d'un crime*; a la que seguirán *Le Bel âge* (1964), *Les Jardins du désert* (1981), *Le Voyage d'hiver* (1989) y *Un jardín en Brujas* (*La petite dame en son jardin de Bruges*) (1996). Todas ellas le valdrán numerosos premios y distinciones, como el Premio Rossel, el Premio Triennal du roman, el Premio Jules Verne o el Gran Premio de novela de la Société des gens de lettres. También poeta y dramaturgo, en 1967 se convirtió en miembro de la Académie royale de langue et de littérature françaises de Belgique.

# Notas

[1] Dulce con forma romboidal, ya sea un caramelo o una pasta. <<

[2] Se refiere al logotipo de Larousse. <<

[3] Se trata del cuadro *Leónidas en las Termópilas* (1814), del pintor neoclásico francés Jacques-Louis David. La pintura representa los momentos anteriores al inicio de la Batalla de las Termópilas. En el eje central aparece Leónidas alzando la mirada al cielo como aceptando serenamente, pero no sin heroísmo, su muerte en aquel último combate. Los que el niño Bertin llamaba «enemigos» del rey espartano son en realidad soldados de su propio ejército, identificables por las túnicas rojas que solían vestir los espartanos en la guerra. Éstos están tan desnudos como el propio Leónidas y lanzan coronas de laurel a un altar dedicado a Heracles, de quien según Heródoto descendía el rey espartano, noticia de la que se hace eco el pintor al inscribir en una piedra la palabra Herakleos. <<

[4] *Les Enervés de Jumièges* (1880), de Évariste-Vital Laminais, cuadro inspirado en la leyenda en virtud de la cual los dos hijos de Clodoveo II, como castigo por haber conspirado contra su padre para usurparle el trono, fueron sometidos a la tortura de la *énervation*, que consistía en quemar los tendones (los cuales antiguamente recibían el nombre de «nervios») a fin de debilitar físicamente al torturado. Frente a esta acepción de «enervado» como «debilitado», Bertin opone la más usual hoy en día de «nervioso». El cuadro de Laminais representa los cuerpos exangües de los dos hermanos tumbados en una balsa sobre las aguas del Sena después del suplicio, cuando su madre decidió encomendarlos a la gracia divina. <<



[5] Bertin hace aquí alusión al lienzo *Los hijos de Eduardo IV de Inglaterra* (1831), de Paul Delaroche, fielmente inspirado en una escena de la obra dramática de Shakespeare *Ricardo III*. El lienzo representa el momento anterior a que los príncipes fueran asfixiados por orden de su tío, el duque de Gloucester, quien los había encerrado en la Torre de Londres para usurparles el trono bajo el nombre de Ricardo III. El rostro atemorizado del menor de los príncipes, el perro dirigiéndose hacia la puerta para anunciar la presenda de un peligro al otro lado de aquélla y el blanco lecho provisto de baldaquino —a modo de los monumentos funerarios— presagian la muerte de los hermanos. <<

[6] El Museo Groeninge, que alberga una importante colección de pintura primitiva flamenca. <<

[7] Sobrenombre de la carrera ciclista París-Roubaix debido a la extrema dureza de la prueba, ya que transcurre en su mayor parte por suelo adoquinado en una época del año en que las lluvias arrecian. <<

[8] En ballet, coreografía para dos bailarines. <<

[9] Tanto la localidad de Wenduine como la reserva natural de Zwin se encuentran en la costa belga: la primera de ellas al nordeste de Brujas; la segunda, recorriendo en dirección Norte la costa, se haya muy al noroeste de Brujas, en la frontera con Holanda, siendo así el punto más septentrional del país. <<

[10] Paso de ballet que consiste en trazar con la punta del pie un semicírculo en el suelo. <<

[11] Fragmento perteneciente a *El rayo verde*, de Julio Verne. <<

[12] Personajes principales de *El rayo verde*. <<



[13] Según la novela de Verne, el rayo verde hace alusión a una leyenda de las Altas Tierras escocesas en virtud de la cual quienquiera que vea dicho rayo podrá ver claramente las cosas del corazón. <<

[14] Alude a Apollinaire con su poema «La Jolie rousse» [«La linda pelirroja»], en el que el poeta francés defiende la invención y la aventura como señales del arte nuevo.

<<